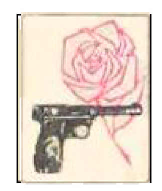


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Los candidatos

La CIA ha de proteger a dos personajes muy importantes: son los dirigentes de los dos partidos políticos que se formarán en Nueva Coralia, que acuden a Miami a una reunión supersecreta, en la que quieren llegar a un acuerdo, con el que pretenden dividir el país en dos naciones, cada una de las cuales estaría gobernada por uno de ellos. El Presidente de los Estados Unidos les enviará un consejero político para que les aconseje en sus conversaciones.



Lou Carrigan

Los candidatos

Brigitte en acción - 109

ePub r1.2
Titivillus 25.10.2017

Lou Carrigan, 1970
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Patroclo58
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Una vez más, el hombre se volvió hacia las verjas que protegían los jardines de aquella magnífica villa en Miami Beach. Durante diez segundos, estuvo mirando las agudas puntas de hierro, de derecha a izquierda. Su mano derecha estaba metida bajo la chaqueta, tocando la pistola que llevaba en el sobaco izquierdo. Su mirada, muy atenta, vigilante, desconfiada, iba velozmente de un lado a otro, recorriendo el sector de jardín que se le había confiado a su vigilancia.

Nada.

Podía estar tranquilo.

Dio media vuelta y se alejó de los macizos de flores, hacia el grupito de palmeras que bordeaba la gran explanada en la cual estaba la casa. Una espléndida casa, blanca, con tejado rojo, que ahora, en la noche, se veía simplemente oscuro. Había terrazas floridas y grandes ventanales. Sí: una magnífica villa, nada menos que en Miami Beach. Y había que protegerla, con su vida si era preciso, de una posible filtración del enemigo. Había que estar bien seguros de que nadie conseguiría saltar las verjas. Y no sólo eso, sino tener la seguridad más absoluta de que si alguien saltaba las verjas, no conseguiría llegar a la casa.

Por eso, cada dos minutos y medio, que era lo que duraba el cauteloso recorrido desde las verjas al grupito de palmeras, el hombre tenía que encender su linterna, enviando el rayo de luz hacia la parte donde estaba la piscina. Y lo mismo que hizo él, hicieron, casi a la vez, cinco hombres más. Cada uno de ellos contaba los rayos de luz: si el total era de seis, significaba que todo iba bien.

Y como el hombre contó, incluyendo el suyo, seis rayos de luz, comprendió que todo estaba bien, que todo iba perfectamente. Y vuelta a empezar: caminar hacia las verjas por entre los macizos de

flores, revisar de nuevo las verjas para que nadie las escalase, estar allí entre diez y veinte segundos, volver al grupito de palmeras, y enviar un rayo de luz de su linterna. Y vuelta a empezar una vez más. Por fortuna, aquella clase de estrechísima vigilancia se efectuaba en turnos de dos horas, con descanso de otras dos, de modo que los nervios podían relajarse. Habría sido imposible sostener aquella tensión nerviosa durante más de dos horas, a menos que se tuviesen unos nervios especialísimos. Unos nervios de auténtico acero.

Pero también para atreverse a entrar allí haría falta tener nervios del mejor acero. Quizá por eso, el hombre, mientras miraba hacia lo alto de las verjas, sonreía irónicamente. Nadie podría entrar en una villa protegida de aquel modo. Nadie. Era completamente impos…

De pronto, el vigilante quedó petrificado, helado de asombro, de estupor. Movió velocísimamente su mano derecha otra vez hacia la pistola, mientras su boca se abría, al fin, dispuesto a lanzar el grito de aviso… No tuvo tiempo de nada.

Aquella sombra que de pronto había aparecido ante él, por un lado de un macizo de flores, actuó. Una sombra negra, un cuerpo de mujer, bellísimo, que parecía desnudo en la oscuridad, debido a la malla negra que lo cubría completamente, de los pies a la garganta. Una sombra que actuó con una rapidez y ferocidad implacable, brutal: su pierna derecha se alzó a media altura, mientras el cuerpo giraba como si quisiera volverle la espalda al hombre. Lo que sucedió fue que el pie derecho, lanzado en feroz patada, acertó al vigilante en el estómago, con un sordo golpe escalofriante. El impacto fue tan terrible que el hombre ni siquiera pudo gemir; se encogió bruscamente y cayó hacia atrás y de lado, hecho un ovillo. Intentó recuperarse, moverse al menos, pero no podía hacerlo de ninguna manera: su cuerpo estaba paralizado por el tremendo golpe del pie, y no había aire en sus pulmones. Todo su circuito vital había sido paralizado por el golpe de *karate*. Pero, aunque no hubiera sido así, tampoco habría podido levantarse, porque la mujer, de un salto, quedó junto a él, se inclinó, y lanzó ahora su manita derecha, que golpeó secamente en la espalda del vigilante, cerca de la nuca.

Eso fue todo.

La sensacional y peligrosísima mujer se inclinó inmediatamente sobre el vigilante, lo puso cara a las estrellas, y aplicó un oído sobre el corazón masculino. Todavía en esta postura, sonrió. Luego, se irguió, recogiendo la linterna del vigilante. Caminó hacia el grupito de palmeras, esperó a ver la primera luz de una linterna, y entonces encendió la del hombre desvanecido. Total: seis linternas una vez más.

Todo en orden… aparentemente.

Cuando ya no quedó encendida ninguna linterna, la mujer dejó caer la suya al suelo, y se deslizó hacia la casa, saltando con gestos felinos de una a otra palmera, de uno a otro macizo de flores. Para llegar a la casa por este procedimiento, y recorrer arrastrándose las últimas quince yardas, invirtió algo menos de un minuto. Y se completó el minuto con los segundos de descanso que se concedió mirando hacia los jardines y hacia las luces que se veían en otra terraza. Cuando se hubo acompasado un poco su respiración, miró hacia arriba… Y de nuevo sonrió. Sobre ella, doce pies más arriba, se veía una de las terrazas volantes. Sin vacilar, se subió a una de las barandas de aquella terraza de la planta baja, calculó la distancia, y por fin efectuó el salto. Un salto perfecto, impecable. Sus finas pero fortísimas manitas parecieron clavarse en el borde de la terraza superior. Luego, tras un corto y elástico balanceo de gatita su cuerpo se elevó y cayó en la terraza, sin el menor ruido.

Inmediatamente, se puso de rodillas ante la doble puerta que daba a la terraza, que se hallaba cerrada. Llevó las manos a la espalda, descolgó de allí, del negro cinturón de piel, el maletín, lo abrió rápidamente, y sacó un juego de ganzúas, con el que no tardó ni siquiera diez segundos en abrir aquella doble puerta. Guardó las ganzúas, cerró el maletín, y se lo colgó mientras caminaba ya hacia el interior de aquel dormitorio. Abrió la puerta de éste y salió al pasillo. No había luz allí, pero llegaba el resplandor de las luces del *living*, en el piso inferior, en la planta baja.

Cruzó el vestíbulo, se arrodilló de nuevo, recurrió otra vez a su maletín y, sonriendo otra vez sacó una boquilla de marfil con incrustaciones de brillantitos… El tiempo se iba agotando. Dentro de muy pocos segundos habrían pasado los dos minutos.

Con la boquilla entre los menudos dientes blanquísimos, y la pistolita de cachas de madreperla en la mano derecha, apareció, de

pronto, en el umbral del *living*, abarcándolo todo con una velocísima ojeada de los hermosísimos ojos azules. En el centro del *living*, en posición de sentado en un sofá, había un muñeco del tamaño de un hombre… Un muñeco hecho con paja y tela, y vestido con un traje corriente. Un muñeco bien conseguido, con brazos, piernas, cabeza, medidas proporcionadas…

Cerca de ese muñeco, sentado en otro sillón, otro hombre, que tenía la cabeza vuelta hacia la ventana, como si quisiera estar pendiente de lo que sucedía en los jardines.

—Hola, cariño —saludó la intrusa.

Charles Alan Pitzer se volvió, veloz como un rayo, ahogando un grito de estupor, de asombro infinito. Su mano derecha se hundió en el sobaco izquierdo, pero, en aquel mismo instante, la intrusa soplaba en su boquilla. Unos pasos más allá, Pitzer respingó fuertemente, y, olvidado de su pistola, se dio un manotazo en la garganta, como quien quiere aplastar un inoportuno mosquito. Si hubiese sido un mosquito, quizá habría conseguido matarlo. Pero como sólo era un finísimo dardo, lo que hizo fue hundírselo más en la garganta… Aunque no era necesario, ya que la sustancia del dardo actuaba de modo fulminante. Así que Charles Alan Pitzer, en realidad, ni siquiera llegó a darse cuenta de que no era un mosquito lo que le había picado. Cayó redondo al suelo, siguiendo su impulso de ponerse en pie.

Voilá.

Por fin, tranquilamente, la intrusa de los maravillosos ojos azules apuntó con indiferencia hacia el muñeco de paja que se veía sentado en el otro sillón. Plop… Plop… Plop… Las tres balas llegaron a destino: una en la cabeza, una en el corazón, otra en el vientre del muñeco.

Si así puede decirse, el muñeco «murió» instantáneamente.

Afuera se oían ya voces excitadas, de hombres que se llamaban unos a otros. Algunos rayos de luz recorrían el jardín en todas direcciones… Habían pasado los dos minutos, eso era todo.

Sonriendo una vez más, la intrusa fue hacia el bar, espléndidamente surtido. Abrió el compartimiento de refrigeración, sacó una botella de champaña «Perignon 55» y un tarrito de finísimo cristal con rojas guindas, y por fin tomó una copa de un estante. En la copa colocó una guinda, antes de servirse el

fresquísimo champaña. Por último, se sentó en uno de los taburetes, vuelta hacia la entrada del *living*…

Cuando varios hombres entraron allí, llevando dos de ellos al vigilante agredido por la intrusa, ésta saboreaba con gran complacencia el «Perignon 55» con guinda.

—Denle un poco de *whisky* —dijo.

Uno de los hombres fue hacia el bar, y mientras cogía una botella de *whisky*, miraba un tanto hoscamente a la divina criatura. Los otros habían dejado ya al desvanecido vigilante en un sillón, mientras otros dos alzaban a Charles Alan Pitzer y lo sentaban en un sillón, y el último miraba con expresión del todo huraña las tres heridas que se veían en el muñeco de paja.

—Lo ha conseguido —masculló.

—Ya les dije que se podía hacer —replicó ella sosegadamente—. Y lo que se puede hacer, se hace. No se molesten con el señor Pitzer: dormirá durante veinticuatro horas. Se lo merece, después del grandísimo trabajo que le ha costado organizar el cerco de vigilancia.

El tono de sus palabras, si bien amables, era decididamente irónico. Los cinco hombres no sabían qué hacer. Sólo el que había cogido la botella tenía algo específico en qué ocuparse: reanimar a su desvanecido compañero.

La intrusa terminó su copa de champaña, y fue hacia allí. El vigilante, tras ingerir un trago de *whisky*, se iba recuperando rápidamente. Lo primero que vio al abrir los ojos fue aquel dulce rostro femenino, muy cerca del suyo, mirándolo con expresión afectuosa.

—¿Está bien, Simón? —se interesó ella.

—No sé… Creo que sí… Oh, mi estómago…

—Lo lamento —sonrió ella—. Puede consolarse pensando que habría podido eliminarlo igual de silenciosamente empleando un cuchillo.

—Sí… Lo sé… ¿Consiguió matar al personaje?

Ella se apartó, señalando el muñeco de paja con tres balazos.

—Véalo usted mismo.

—Sí… Lo veo… ¿Qué pasará conmigo? ¿Me quitan de este grupo?

—Tiene que comprenderlo, Simón. Pude pasar, ¿no es cierto?

—Pudo pasar, sí…

—Parece que te falta entreno —dijo, ya de mejor humor, uno de sus compañeros.

El vigilante agredido lo miró furiosamente.

—¡Ah!, ¿sí? Bueno, me gustaría saber qué hubieses hecho tú en mi lugar, tío listo… Ella apareció de pronto, como si hubiera nacido de la tierra. ¡No pude hacer nada! Pero, de todos modos, yo juro que ella no entró por las verjas… ¡La habría visto!

—Entré por las verjas, Simón —sonrió ella—. Pero no por encima, sino por debajo, separando dos barrotes con un torniquete especial. Era más fácil deslizarse por las matas que rebasar la verja… No es nada extraordinario, ¿no le parece? De todos modos, el hecho cierto es que he entrado en la villa, y que he «matado» al personaje.

—¡Qué demonios…! Usted es Baby, guapa, así que no hay que extrañarse demasiado de que lo haya conseguido. Ni creo que se me deba quitar de este trabajo porque nada menos que la agente Baby haya conseguido filtrarse. ¡Me gustaría que eso mismo lo intentase una persona que no fuese usted!

—Sus palabras son muy halagadoras, Simón —sonrió la divina espía.

—Ella entró —dijo uno de los agentes de la CIA—. Todo lo demás no importa. Creo que los seis hemos demostrado ser unos estúpidos.

—¡Pero se trata de Baby! —protestó otro—. Frank tiene razón: ¡ya quisiera ver que esto mismo lo consiguiera otra persona!

—Tienes razón… —Apoyó otro—. Ella es quien es, ni más ni menos. Eso mismo no lo habría podido hacer otra persona.

—Se están equivocando —musitó Brigitte Montfort, alias Baby —. Conozco algunas personas que podrían hacerlo igual o mejor que yo. Afortunadamente, no harían nada contra una misión mía… Sin embargo, hay que razonar bien las cosas, Simón: lo que hace un ser humano, puede hacerlo otro ser humano. Lo lamentablemente cierto es que la casa estaba mal vigilada, tal como advertí. Cuando el señor Pitzer despierte, no tendrá más remedio que aceptar el plan de vigilancia que propuse yo, y eso será todo. No se preocupen más.

—¿Y respecto a mí? —musitó Frank—. ¿Tengo que volver a la Central, para ser entrenado como un novato?

—No —sonrió Baby—. Pensándolo mejor, usted es quien más me interesa ahora, Simón. Estoy segura de que después de lo de esta noche, será quien más abiertos tendrá los ojos cuando lleguen los auténticos personajes cuyas vidas tendremos que proteger. Con mi plan, espero que nadie podrá entrar. Además, realmente… —sonrió de un modo que partió los corazones de aquellos seis hombres—, realmente, digo, no es posible que haya otra espía como yo, queridos, ¿verdad?

—Verdad —rió Frank, haciendo una mueca cuando su estómago le dolió horriblemente.

—Bien… Es todo por esta noche. Avisen a los otros seis, y díganles que quiero hablar con todos. Tenemos todavía dos días hasta que lleguen los personajes. Oh, y… lleven al señor Pitzer a uno de los dormitorios de arriba. Estará más confortable en una cama, pues tiene sueño para todo un día.

—No le gustará esto cuando despierte —rió un espía.

—No —rió también Brigitte, guiñando un ojo—. Pero quizá se consuele un poco si le digo que he dormido con él, en su cama.

—¡Eso le enfurecerá aún más! —rió otro espía.

—Siempre he dicho que tío Charlie no es demasiado listo —rió la divina espía—. Espero que esta vez hasta él se convenza de ello.

Los seis agentes de la CIA lanzaron la carcajada. En verdad, aunque sólo fuese en una prueba, trabajar con Baby era el mayor premio que podían esperar. ¡Era tan cariñosa, tan dulce, tan simpática, tan… tan… tan de todo lo mejor del mundo!

* * *

—¿Cómo le va, tío Charlie?

Charles Pitzer acabó de abrir los ojos, vio a la hermosísima espía sentada en la cama junto a él, y se sentó bruscamente. Ella no llevaba ya la malla negra, sino un precioso vestidito de tarde, escotado en punta, de modo que podía comprenderse, por la pequeña muestra, cuál era el maravilloso contenido del vestido.

—¡Lo consiguió! —exclamó Pitzer—. ¡Maldita sea, pudo entrar a pesar de todas mis precauciones y los seis hombres que puse en…!

—Tranquilícese. Ya todo está arreglado. Naturalmente, he pedido el equipo que le dije que íbamos a necesitar. No creo que

tarde mucho en llegar: televisión, un coche grande, *roulotte*… Todo está ya en camino de Miami.

—Pues se ha dado mucha prisa, querida. En unos minutos…

—¿Quién habla de minutos? Hace veintitrés horas que llamé a la Central, y dije que usted aceptaba, al fin, mi petición de equipo especial.

—¿Veintitrés… horas…?

—Ha dormido un día entero, tío Charlie. Tiene que estarme agradecida. Piense que, generalmente, los dardos que disparo con mi boquilla no suelen estar impregnados de narcótico, sino de veneno mortal y fulminante.

—¡Me ha tenido durmiendo aquí todo un día! —aulló Pitzer.

—¿Quizá hubiese preferido un dardo envenenado?

—¡Pero no hacía falta dormirme! Era evidente que usted había entrado…

—Pero usted, como uno de mis queridos Simones, llevó la mano hacia la pistola, y si yo no hubiese reaccionado a tiempo, podría haberme acertado con una de sus balas de narcótico, demostrando así que su plan de protección era el bueno. Y ya ve que no, tío Charlie.

—Ya veremos si el suyo es mejor… —Gruñó Pitzer—. Personalmente, no me importa haber perdido si usted protege bien las vidas de esas personas, Brigitte.

—Haré lo posible. Y puesto que no le importa haber perdido, ¿qué tal si me paga la apuesta?

—¿Qué apuesta? —Gruñó Pitzer, haciéndose el distraído.

—Nos jugamos mil dólares a que yo no conseguía entrar en la casa, burlar la vigilancia que usted había puesto. Y entré… De modo que me debe mil dólares.

—Usted siempre me gana todas las apuestas —farfulló Pitzer—. Y yo nunca acabo de aprender la lección. Está bien, le debo mil dólares.

—Pues páguelos.

—No llevo esa cantidad encima…

—Lo sé, porque le he registrado antes, para cobrarme por anticipado. No lleva ese dinero, pero sí su talonario de cheques. Su firma será buena para mí. Mil dólares, tío Charlie.

Refunfuñando, Pitzer saltó de la cama y extendió el cheque, que

miró envidiosamente cuando Brigitte se lo introdujo graciosamente en el escote.

—Bien… —sonrió ella—. Veamos si todo está entendido a la perfección, tío Charlie. Mañana llegarán esas personas, y ya no debe haber más fallos. Dichas personas se llaman Rómulo Sánchez y Gilberto Martino, y ambos son los dirigentes de los dos partidos políticos que se van a formar, si nada lo remedia, en su país. Como consecuencia, también su país se dividirá en dos. Es decir, que la hasta ahora pacífica y tranquila nación de Nueva Coralia, se dividirá en dos naciones, cada una de ellas mandada o presidida por uno de esos señores. Rómulo Sánchez y Gilberto Martino, rivales políticos, acuden a una entrevista supersecreta aquí, en Miami, exactamente en esta villa, con un consejero político que enviará nuestro presidente, el señor Nixon. En dicha entrevista, el enviado de nuestro presidente tiene que… sonsacar las tendencias políticas de Sánchez y Martino, y decidir así si Estados Unidos acepta ayudar a esas dos naciones que van a formarse de una sola, Nueva Coralia. Al mismo tiempo, se trata de hacer lo posible, sin reparar en gastos ni promesas, para evitar que en lugar de efectuarse una división pacífica de Nueva Coralia, estalle una guerra civil. Por tanto, el consejero político que envíe nuestro presidente deberá ser una persona altamente capacitada. Hay que tener en cuenta que si ese hombre no consigue orientar a Rómulo Sánchez y Gilberto Martino, así como prometer a cada uno la ayuda que precise para el desarrollo de la mitad de Nueva Coralia que se queden, esa guerra civil será inevitable. Y ya hay demasiado jaleo en América del Sur. ¿No es eso?

—Sí.

—Según entendí, Nueva Coralia ha sido siempre un país muy revuelto. Hasta el punto de que hay dos hombres que quieren ser presidentes, y, en lugar de presentarse como candidatos normales, igual que se hace en Estados Unidos, por ejemplo, deciden partirse el país, y ser cada uno de ellos presidente de una mitad. ¿Correcto?

—Sí.

—Y yo me pregunto, tío Charlie: ¿vamos a colaborar en eso?

—¿En qué?

—¡En dividir un país en dos!

—¿Qué demonios, le importa eso a usted? —Gruñó Pitzer—. Si

ellos así lo quieren, que lo hagan. Y no olvide en ningún momento que si no se hace esa división, la guerra será inevitable. Se trata de ayudar a cada mitad y orientar a sus respectivos presidentes. Por eso se les ha citado aquí, a la vez, para ayudarles en lo posible.

—Entiendo. Pero, evidentemente, a Estados Unidos le interesa más que Nueva Coralia se divida en dos naciones que luchar para mantenerla unida, lo cual sería muy difícil, según parece.

—Mire, Brigitte: si ese país no se divide en dos, habrá miles de muertos. No hay la menor posibilidad de que los novocoralinos acepten todos a Sánchez o a Martino como presidente de todo el país… Si se hiciesen unas elecciones y ganase, por ejemplo, Rómulo Sánchez, los partidarios de Gilberto Martino se alzarían en armas, y la guerra civil sería inevitable. Y viceversa, si el que ganase las elecciones fuese Gilberto Martino. La solución más pacífica consiste en ayudar a esos dos hombres a que cada uno de ellos consiga la mitad de la actual Nueva Coralia. Así que nuestro Departamento de Estado ha decidido apoyar a ambos candidatos, asesorarlos, ayudarles a trazar las nuevas fronteras… Si a los novocoralinos se les divide el país, y en cada mitad hay un presidente, todos estarán contentos.

—Eso creará una gran confusión.

—Por eso, nuestro presidente envía un consejero político. Él ayudará a Martino y a Sánchez a solucionar esos pequeños problemas. O eso, o la guerra —Pitzer sonrió burlonamente—. Y, según vengo notando hace ya años, a usted no le gustan demasiado las guerras.

—Las odio —musitó Brigitte—. Y usted lo sabe perfectamente. Siempre he dicho que nadie gana las guerras[1], y usted, sabiendo mi tendencia pacifista, me está utilizando. Pero no me engaña: sé que Estados Unidos piensa sacar partido de esta división de Nueva Coralia.

—¡Bueno…! ¡Qué demonios, nosotros no somos políticos, sino espías! A mí no me importa lo que nuestra nación pretenda conseguir de Nueva Coralia, ya sea una sola o dividida en dos. Lo cierto es que van a venir a Miami los dos futuros presidentes de esas dos mitades que se están fraguando, y que a nosotros, a la CIA, se nos ha encargado el servicio de protección y seguridad personal de esos dos caballeros. Yo la escogí a usted, y *mister* Cavanagh aprobó

inmediatamente… Es más: él mismo dijo que también había pensado en usted para este asunto.

—No me gusta este asunto. No me gusta dividir en dos un país, tío Charlie.

—¡Pues dígaselo a quien corresponda, no a mí Resumiendo, querida niña: usted ha sido designada como jefe del servicio de seguridad de esos caballeros, y tendrá que atenerse a su trabajo.

—Es una labor de guardaespaldas —refunfuñó Brigitte.

—¡Pero no de guardaespaldas corriente, y usted lo ha demostrado! Oh, vamos, no me complique la vida, Brigitte… Olvídese de la cuestión política, que la decidan esos caballeros y nuestro consejero del Departamento de Estado. Usted tiene doce hombres a sus órdenes, dice que ya le envían el coche grande, equipo de televisión en circuito cerrado, y todo lo que haya querido pedir de acuerdo a su punto de vista sobre cómo debe protegerse y vigilarse esta villa… Puede poner cámaras y micrófonos donde quiera, hacer lo que le venga en gana… Todo lo que se le pide es que esos dos hombres que vienen de Nueva Coralia estén a salvo aquí. Nada más que eso. Aunque su viaje es secreto, nunca hay que descartar la posibilidad de que los partidarios de uno atenten contra el otro, aquí mismo, en Miami. Suele hacerse. Y por eso, para descartar la posibilidad de que arrojen bombas, se las alojará aquí a los dos juntos. Si quieren matar a uno de ellos, o a los dos, tendrán que vérselas con usted y sus doce Simones. Y mientras ustedes cumplen su trabajo de tener bien protegida la villa, aquí dentro se resolverán cuestiones de política, diplomacia y economía; cosas que a nosotros no nos importan. Somos espías. Solamente espías. ¿De acuerdo?

—No —musitó Brigitte—. Pero cumpliré mi trabajo. Mientras yo esté dispuesta a impedirla, nadie matará a esos dos hombres.

—Ni a nuestro consejero político —sonrió Pitzer.

—Oh, claro… Podrán conversar aquí en paz.

—Pues eso es todo. Y llegarán mañana, no lo olvide… Usted y sus hombres irán a recibirlos al Miami International Airport. No hay más que hablar. Y ahora, regresaré a casa. Ya no me necesita, supongo.

—No lo he necesitado nunca —rió Brigitte—. Oh, tío Charlie, me ocupé de conseguirle pasaje en avión, y… Bien, aquí tiene el pasaje,

un plano de Nueva York con la calle donde usted vive, la contraseña para que le deje Simón entrar en la floristería, fotografía de la estatua de La Libertad para que no se confunda de ciudad, su permiso de conducir, y… un frasquito de píldoras para no dormir. Y no olvide que su contacto será en la floristería. Nuestro hombre de allá…

—Muy graciosa —cortó Pitzer con un gruñido—. ¡Sí, es usted muy graciosa! ¡A pesar de sus bromas, no olvide que es usted quien tiene una misión que cumplir, y no yo!

—Es cierto —suspiró Baby—. Pero, por una vez, me gustaría que las cosas fuesen al revés, que fuese usted quien fuera a jugarse la vida a algún sitio. En fin… Feliz retorno al hogar, tío Charlie.

Capítulo II

La comitiva que regresaba del Miami International Airport constaba de tres coches. En uno de ellos, el último, iban cinco agentes de la CIA, afectos temporalmente a las órdenes directas de la agente Baby. Lo cual tenía más que encantados de la vida a los atléticos guardaespaldas del servicio de espionaje de Estados Unidos.

En el coche de en medio, iba uno de los grupos procedentes de Nueva Coralia, cuyo personaje más importante era el futuro presidente de una de las partes en que pensaba dividirse el país. En el coche de cabeza, iba otro de los candidatos a presidente de aquel desdichado país que estaba amenazado con ser dividido. Y en cada uno de estos dos coches de delante, además del personaje principal y sus acompañantes, un agente de la CIA, armado de metralleta bien disimulada.

Y por último, bastante más atrás, como si no formase parte de la comitiva, un imponente «Dodge» de color granate, que arrastraba una *roulotte*, o, si se entiende mejor, una *caravan*. Es decir, un remolque de esos típicos que suelen utilizar muchas familias para sus viajes de vacaciones. En ese remolque había de todo. Cuatro literas, cocina, mesita plegable para las comidas, dos sillones, servicio de radio y radioteléfono, pantallas de televisión, magnetófonos… De todo. De todo lo que puede precisar una espía de la categoría de Baby para ejercer una discreta vigilancia a distancia. Sin embargo, la vigilancia por televisión no era efectiva. No lo sería hasta que todos los coches llegasen a la quinta de Miami Beach. A partir de ese momento, en las cuatro pequeñas pantallas de televisión que contenía el remolque, podría verse todo lo que en verdad fuese interesante y conveniente para una sólida, perfecta, invencible protección de los visitantes.

Dentro del remolque, confortablemente instalada en uno de los sillones, con un Simón en el otro, Brigitte Montfort atendió la

llamada a su pequeña radio de bolsillo.

—¿Sí?

—Hola, Baby. ¿Nos sigue?

—Como un perro a su amo, Simón. Según parece, todo va bien.

—Así es. Llegaremos a la villa en tres o cuatro minutos. No hay novedad.

—*Okay*… Recuerden que no deben entrar en la villa a menos que sea absolutamente necesario. Una vez allí, nuestros compañeros que pasarán por criados estarán al tanto de lo que ocurra. Sólo tienen que poner en marcha las cámaras de televisión y dedicarse a las funciones propias de la servidumbre. Ustedes, según lo convenido, vigilarán la parte interior de la quinta.

—Vale. Esperemos que si alguien quiere asesinar a uno de estos tipos no sea tan… Bueno, tan peligroso como usted, Baby.

—Mantengan los ojos bien abiertos, y nada pasará. Es todo.

—Tendremos los ojos bien abiertos. Pero nos tranquiliza saber que usted va a estar cerca en todo momento.

—No confíen tanto en mí, Simón. Yo no puedo hacerlo todo.

—Claro… Bien, creo que estamos llegando…

—Dejen a los personajes delante de la casa. Nuestros compañeros se ocuparán de acomodarlos. Los coches, a un lado. Uno de ustedes estará vigilándolos en todo momento. Quiero prismáticos vigilando el aire. No sería la primera vez que se lleva a cabo un golpe de mano o un atentado utilizando un helicóptero, Simón. Y recuerden que…

—Calma, calma…—rió Simón—. No olvidamos ninguna de sus instrucciones. Y aunque usted sepa más que nosotros de matar gente y proteger vidas, no somos novatos del todo, ¿eh?

—*Okay* —rió Brigitte—. Adelante con todo. Quiero saber el momento en que nuestros visitantes terminen de cenar, para hacerles una visita. Nada más, Simón.

* * *

El mayordomo, naturalmente un agente de la CIA, apareció en la puerta del *living*, y anunció:

—Agente Baby, jefe del servicio de protección.

Las personas que departían con aparente tono amistoso en el

living de la lujosa quinta, alzaron la cabeza, desviando su mirada hacia la puerta. Había cuatro hombres y una mujer. Ésta quedó poco menos que abochornada de envidia al ver aparecer a Baby, mientras los cuatro hombres se ponían rápidamente en pie, boquiabiertos, incrédulos, del todo maravillados.

Ante los cinco personajes, la agente Baby era como una rutilante estrella de belleza incomparable. Con el ligero vestido de noche negro, dorada la piel, descubierta la nuca debido al peinado alto, elegante y sobria como siempre, era una aparición digna de recapacitar sobre lo bella que puede ser la vida… para quien pudiera tener como compañera a aquella jovencita llamada Baby.

—Señora…—sonrió ella—. Caballeros… Buenas noches.

Los cuatro hombres casi corrieron hacia ella, y besaron su mano, deliciosamente ofrecida.

—Señorita —habló uno, permítanos la presentación de todos nosotros…

—Por favor, señor Martino… Los conozco a todos. He visto fotografías en colores de todos ustedes. Usted es Gilberto Martino. La señora es su esposa, y su nombre es Rosaura. Tenemos luego al señor Rómulo Sánchez —lo miró amablemente—, que llega acompañado de su secretario de… Estado, podríamos decir. Igual que usted, señor Martino. El secretario del señor Sánchez se llama Nicéforo Padilla. El de usted, se llama Faustino Sarrias. Además, han venido con algunos fieles servidores que, según entiendo, en estos momentos se están ocupando de asegurarse de que sus alojamientos en esta villa alquilada por la CIA son dignos de ustedes y requieren las condiciones debidas. ¿Algún error por mi parte, caballeros?

—No —sonrió Gilberto Martino—: ninguno. Parece que usted domina perfectamente la situación, señorita.

—Ese es mi trabajo actual —sonrió también Baby.

—No puedo creerlo —musitó Sánchez—. ¡Nada menos que la agente Baby ha sido designada para proteger nuestras vidas!

Brigitte los miró de uno a uno. Eran todos vulgares. Morenos, cabellos oscuros, ojos negros… Hombres que, en general, no merecerían nunca una mirada especial. Ni siquiera parecían astutos o malos. Eran absolutamente vulgares. Los candidatos a presidentes de las dos partes en que debería dividirse Nueva Coralia debían

tener alrededor de cuarenta años, y Brigitte se preguntó si realmente estaban capacitados para gobernar un país, por modesto y pequeño que éste fuese. Los secretarios, Nicéforo Padilla y Faustino Sarrias, eran algo más jóvenes, pero eso no les servía de gran cosa. Tenían una mirada huidiza, poco noble, y parecían sonreír por absoluta obligación. A decir verdad, eran cuatro personajes a cuál más anodino. Y Baby estuvo segura, desde aquel mismo instante, de que sus mentes tampoco eran precisamente brillantes… Ni siquiera Rosaura Martino era especial. La esposa de Gabriel Martino era de estatura baja, un poco regordeta, con una belleza vulgar, sana, abundante… Su boca demasiado grande y carnosa, sus ojos un tanto pequeños, y, sobre todo, su frente más bien estrecha, indicaban claramente que Brigitte no debía hacerse ninguna ilusión respecto a conseguir interlocutores brillantes o ingeniosos. De un modo global, y en verdad sintiéndose muy decepcionada, Baby pensó que no consideraba a ninguno de los presentes capacitado para regir los destinos de un país… Ni siquiera de medio país.

—¿Ha oído usted hablar de mí, señor Sánchez?

—¡Por supuesto! He oído hablar tanto de usted que me sorprende comprobar que es una persona, un ser de carne y hueso. Y… Bueno, ahora que la veo, quizá deba decir que no puedo creer todo lo que se cuenta de usted.

—¿Qué se cuenta?

—Pues… Dicen que la agente Baby es… una especie de… plaga. Una plaga mortal contra animales dañinos. Si tuviéramos que hacer caso de todo lo que se cuenta, usted sería responsable de unas… diez mil muertes.

—No tanto —rió Brigitte—. Sin embargo, es bien cierto que tengo especial predilección por exterminar plagas dañinas.

—Quiero adelantarme a Rómulo —dijo Gilberto Martino—: ¿cuánto pide usted, señorita?

—¿Cuánto pido…? No comprendo…

—En cuanto este asunto se haya solucionado, y exista con efectividad y legalmente Coralia del Oeste, precisaré un jefe para mi servicio secreto. Puedo pagarle… el doble que la CIA.

—También yo —aseguró Rómulo Sánchez—. Y más, si fuese necesario.

—Cálmense —volvió a reír Brigitte—. No es fácil sostener el presupuesto de Baby, señores. Incluso la CIA me ha censurado más de una vez mis excesivos gastos. Y por ahora no creo que sus países estén en condiciones de pagar mi precio. ¿La cena ha sido de su agrado?

—Oh, sí… Todo perfecto. Los criados que han puesto a nuestra disposición son excelentes.

—Lo creo, porque son de la CIA —sonrió Baby—. Tengo la esperanza de que eso les tranquilice a todos.

—Ya habíamos tenido en cuenta semejante actitud por parte de los norteamericanos —rió Rómulo Sánchez—. ¿Tomaría usted una copa con nosotros, señorita… señorita…?

—Baby, simplemente. Y sí, señor Sánchez: tomaría algo… Una copa de champaña, desde luego. Yo misma me la serviré.

—Oh, no… Los criados…

—Los criados, señor Sánchez, sólo lo son para usted. Para mí, son compañeros. No tienen por qué hacer algo que yo misma estoy capacitada para llevar a cabo.

—Bien… Sí, como quiera…

Brigitte fue al bar, sacó del refrigerador la botella de «Perignon 55» y las guindas, y se sirvió una copa. Se quedó mirando unos segundos la guinda, en el fondo de la copa. Probó el champaña, aprobó casi con entusiasmo, ya que estaba deliciosamente frío, y, de pronto, dijo:

—¿Cuál es su juego?

Tras unos instantes de estupefacción, Rómulo Sánchez y Gilberto Martino se miraron, todavía desconcertados. Miraron luego a Brigitte, y Martino musitó:

—¿Nuestro juego? Perdón, pero no comprendo…

—Yo tampoco —aseguró Rómulo Sánchez.

—Seamos sensatos e inteligentes —sonrió fríamente la espía—. Ustedes, caballeros, es posible que tengan la impresión de que están engañando al Departamento de Estado de los Estados Unidos. No sé si lo creen o no, ni tampoco puedo, asegurar que estén engañando a nuestro presidente, el señor Nixon, que, según parece, es un zorro astuto y muy cauteloso. No sé eso… Son cuestiones políticas, y, en verdad, no quisiera entremeterme en ellas…

—¿No entiende esas cosas? —sonrió Sánchez.

—Por el contrario —Brigitte bebió otro sorbito de champaña—. Entiendo tanto, que no sé si felicitarme o sentirme asqueada. Pero dejemos eso, y vayamos a mi pregunta clave, señores: ¿cuál de ustedes está preparando una guerra civil en Nueva Coralia?

Los dos hombres lanzaron una exclamación, y se quedaron mirando, atónitos y ofendidos, a la espía más astuta de todos los tiempos.

—Señorita Baby —intervino de pronto Rosaura Martino, con voz fina, casi chillona—: ¿qué clase de poderes le ha facilitado a usted su Gobierno para molestarnos a todos con preguntas como ésa? ¿Con qué derecho nos acusa usted, ya sea a mi esposo o a Rómulo, de estar preparando una guerra?

—Señora Martino —sonrió fríamente Baby—: yo no soy una niña dulce y tonta, como pueda parecer por mi aspecto. Llevo más de seis años jugándome la vida por asuntos como éste. Seis años en asuntos importantes, se entiende. Antes, estuve mucho tiempo aprendiendo. No vamos a engañarnos entre nosotros, porque sería una ofensa para nuestras respectivas inteligencias. ¿Cuáles son los proyectos de todos ustedes?

—¿Pretende convertirse en persona no grata, señorita? —susurró Martino.

—Sólo quiero hacerles comprender que no están tratando con una mujer estúpida y brutal que sólo sabe matar.

—No comprendemos sus intenciones al hablar de esta forma —gruñó Sánchez.

—¿Mis intenciones? —Frunció el ceño Brigitte—. Oh, vamos, eso es lo más sencillo de explicar. Y espero que lo entiendan y comprendan con una sola vez que yo lo explique. Ninguno de nosotros es del todo ingenuo ni imbécil, señor Sánchez. Por mi parte, al menos, hace ya años que abandoné toda ingenuidad… en todos los sentidos. Hoy día, y desde hace ya tiempo, siempre desconfío de todos y de todo. Es una norma en mí. Una norma… muy conveniente, está demostrado.

—Habla demasiado —refunfuñó Martino—. Y no sé si interpretar sus palabras como un insulto.

—En cierto modo, lo son —admitió tranquilamente la más criminal espía del mundo—. Si están tramando algo sucio, los insulto, señores. Si, por el contrario, están jugando limpio, también

los insulto: les digo tontos, concretamente. Porque, señores, hace falta ser tonto para conformarse con la mitad de Nueva Coralia pudiendo tenerla toda. ¿Me he explicado con claridad?

Hubo un silencio tenso, prolongado, que resultó molesto. Por fin, Rómulo Sánchez murmuró:

—¿Cuándo llega el consejero político de su país, señorita?

—Mañana por la mañana.

—Muy bien: le diremos a él lo que usted nos ha dicho a nosotros. Y pediremos su relevo de este asunto. No nos gusta ser insultados. Por sus palabras se comprende fácilmente que considera que uno de nosotros, o los dos, está mintiendo… Mintiendo nada menos que al Departamento de Estado de Estados Unidos.

—Es evidente —sonrió Brigitte.

—¿Por qué es evidente? —preguntó Nicéforo Padilla.

—Ya lo he dicho. Con un poco de astucia y algo de violencia, quizá, uno de ustedes puede quedarse como presidente de toda Nueva Coralia. ¿Por qué repartirla, entonces? ¿Por qué dividirla?

—Ninguno de nosotros queremos una guerra civil, que costaría muchas vidas inocentes —aseguró secamente Sánchez.

—Es una buena razón —admitió la espía—. Pero no me convence. Nadie reparte sus bienes pudiendo quedarse con todo.

—Escuche, señorita Ba…

—No le hagas caso, Gilberto —interrumpió Rosaura—. No le digas nada más. No hay por qué hablar con esta… señorita, o lo que sea. Mañana podemos decirle al consejero político que se la lleve de aquí. ¿Por qué complicarse la vida dándole explicaciones? Está claro que ella no quiere escucharlas.

—Tu esposa tiene razón —masculló Rómulo Sánchez; y miró a Brigitte hoscamente—. Eso es todo, señorita. Buenas noches.

Brigitte asintió con la cabeza, y estuvo mirando de uno a otro durante casi medio minuto, en medio de un molesto silencio. Por fin, casi terminó su copa de champaña. Entonces, encendió un cigarrillo, y fue mirando de uno a otro, lenta, parsimoniosamente. No parecía tener la menor prisa.

—Dama y caballeros —dijo—: hay en este refrigerador unas cuantas botellas de mi champaña preferido. Y guindas. Si ustedes obran de modo que me demuestren que estoy equivocada, los invitaré personalmente, y con mucho gusto. Y brindaremos por lo

que ustedes quieran… Pero si yo no estoy equivocada, y ustedes están tramando algo sucio, les aconsejo que regresen a su país. ¿Está claro?

—Es la última vez que escuchamos sus impertinencias —aseguró Gilberto Martino—. Mañana mismo pediremos que usted sea relevada por un jefe de la CIA más respetuoso. Parece que olvida que tiene ante usted a dos futuros presidentes de Estado, señorita.

—Tengo amistades que son más que ustedes: presidentes, reyes, reinas… Y de países más importantes que Nueva Coralia. No me impresionan en lo más mínimo, caballeros. En cuanto a pedir a la CIA que me releven de mi puesto y misión actual, me permito aconsejarles que no pierdan su tiempo ni malgasten sus palabras.

—No la queremos cerca. Y así lo exigiremos.

—Señores —rió Brigitte—: el día en que la CIA me releve de una misión, saben perfectamente que me perderán para siempre. Y con todos los respetos —sonrió malignamente—, debo decirles que Baby es para la CIA mucho más que dos futuros y problemáticos presidentes de dos pequeños países surgidos de la división de uno. Buenas noches… y que descansen.

Acabó su champaña y salió tranquilamente del *living*, fumando su cigarrillo. No se había alterado en lo más mínimo. Afuera, uno de sus agentes para aquella misión la vio salir, y la saludó con la mano, alegremente.

—Adiós, Simón —sonrió ella—. ¿Cómo estamos de sueño?

—No hay cuidado —rió él—. Seré como una lechuza.

Riendo, Brigitte se dirigió a la salida de la villa. Poco después, entraba en la *roulotte*, estacionada con el «Dodge» a unas doscientas yardas de allí, en Flamingo Drive, junto al Indian Creek.

Entró en el remolque y se fue directa a uno de los sillones. Se sentó, y se quedó mirando las pantallas de televisión, en las cuales se veían distintas partes del exterior de la casa. Ahora sí que estaba bien controlada la villa, efectivamente.

En el otro sillón, estaba el Simón con turno de vigilancia en las pantallas y los micrófonos. La miró entre sobrecogido y un tanto incómodo.

—Les ha hablado muy duramente ¿no cree? —musitó.

—Son gente que piensan partir en dos un país, Simón. No merecen otra cosa.

—Están evitando una guerra civil. Eso sería mucho peor que un país unido… por la muerte de miles de ciudadanos.

—Bonita frase. ¿Qué han dicho después de salir yo de allí?

—Nada importante. Están molestos con usted… Y con razón. No veo por qué tenía que provocarlos de esta forma, Baby.

Ella encogió los hombros.

—¿Quiere fumar, Simón?

—Oh, sí… Gracias.

Baby sacó su paquete de cigarrillos, extrajo uno, lo partió en dos y tendió una mitad a su compañero de la CIA Simón se quedó mirando atónito el medio cigarrillo.

—Demonios —masculló—. Está usted muy ahorrativa, encanto.

—No —sonrió fríamente la espía—. Sólo hago lo mismo que ellos: divido en dos. ¿Acaso no le parece suficiente medio cigarrillo?

—Bueno… Preferiría un cigarrillo entero, la verdad…

—Oh… Bueno, aquí tiene mi paquete. ¿Se le ocurre algo?

Simón alzó las cejas. Tendió las manos hacia el paquete de cigarrillos de Baby y sacó uno, se lo puso en los labios, hizo funcionar su encendedor… y cuando ya estaba expeliendo humo, respingó y se quedó mirando a la espía internacional, sobresaltado.

—En efecto —rió ásperamente la divina espía—. ¿Por qué conformarse con medio cigarrillo, pudiendo fumar uno entero?

Simón se quitó el cigarrillo de la boca y se mordió los labios.

—Pe-pero… se está tratando aquí el futuro de… de un país, no de un cigarrillo…

—Cierto. Pero hay gente, Simón, que considera las vidas humanas como… el humo de un cigarrillo. Lo importante es fumarse el cigarrillo entero… ¿Qué importa el humo?

—¿Quiere decir… las muertes?

—Todo lo que se quema, muere —musitó Brigitte—. Y todavía no sé de nadie que se conforme con medio cigarrillo pudiendo fumarlo entero. Sigo diciendo que no me gusta este asunto. Huele a podrido desde muy lejos. Estaremos atentos, Simón. Y será mejor… que cada cual se conforme con su medio cigarrillo. ¿No le parece, amado compañero?

Capítulo III

Al día siguiente, por la tarde, llegó el consejero político enviado discretamente por el Departamento de Estado de Estados Unidos, en un formidable «Cadillac» negro, con dos hombres más en el asiento delantero del coche y otro con él, en el asiento de atrás. Inmediatamente, Brigitte recibió la llamada por la radio de bolsillo.

—¿Sí? —musitó.

—Aquí los tenemos, Baby. Parece que llega con un ayudante y… dos guardaespaldas, evidentemente. Uno de ellos es el chófer.

—Acompáñelos a la casa. Y quiero verlos en pantalla, Simón.

—Muy bien. Hasta luego.

Ambos cerraron la radio. Brigitte se quedó mirando las cuatro pantallas de televisión que había en el remolque, por pura rutina. Inmediatamente concedió toda su atención a la que mostraba la fachada de la casa. Pronto apareció en esta pantalla el «Cadillac» negro, a una marcha lentísima, de modo que dos de los agentes de la CIA que había en las puertas de la verja podían seguirlo a pie. Llegaron prácticamente al mismo tiempo.

Los cuatro ocupantes del coche se habían ya apeado cuando Simón y Simón llegaban junto al coche.

—Parece un hombre inteligente —comentó el Simón que compartía en aquel turno la vigilancia de las pantallas con Brigitte.

Ésta asintió con la cabeza, fijos sus ojos en el rostro del consejero político, que, siguiendo la indicación de uno de los agentes, se había vuelto, de modo que la espía pudo verlo bien. Era un hombre como de cincuenta años, rubio, de frente despejada y boca firme. Ojos grandes, de mirada directa. Muy correcto, serio, grave. Su ayudante era delgado, con lentes de montura al aire, y parecía estar acostumbrado a situaciones como aquélla. Los dos guardaespaldas, uno de ellos el chófer, eran hombres altos y fuertes, de mirada impávida aparentemente, pero en realidad siempre

atentos a todo.

—¿Pongo en marcha la grabadora? —preguntó Simón.

—Sí… Lo que han estado hablando hasta ahora los ocupantes de la casa no tenía ninguna importancia; bastaba con oírlo. Pero quiero grabar lo que hablen con nuestro enviado, el señor Ralph T. Penniker… Será una interesante conversación, espero.

Simón puso en marcha la grabadora, y volvió a sentarse en el sillón. Poco después, oían la voz de Ralph T. Penniker dentro de la casa. Inmediatamente, la de Rómulo Sánchez, haciendo las presentaciones. Hubo una serie de cortesías inevitables, y muy pronto se pasó al tema que interesaba a todos.

A los cinco minutos de estar escuchando aquella conversación, Baby comenzó a bostezar. Simón se contagió, sin remedio, y ambos se encontraron mirándose, con la boca abierta, a punto de dormirse de aburrimiento. Luego rieron, y Simón comentó:

—Bueno, no podíamos esperar enterarnos de grandes secretos, ¿no le parece, preciosa?

—Algunas personas considerarían que esa conversación es muy interesante —volvió a bostezar Brigitte—. Pero no nosotros.

—Demonios… Se me van a desencajar las mandíbulas de tanto bostezar, Baby.

—El espionaje no siempre es divertido. Paciencia. Si le entra sueño, Simón, no se preocupe. Duerma. Con uno que se fastidie escuchando generalidades de economía y posibles convenios entre dos países, es suficiente.

—Procuraré permanecer despierto.

Los dos consiguieron permanecer despiertos durante aquellas dos horas que duró la entrevista. Incluso dejaron de bostezar, a pesar del terrible aburrimiento. Estaba bien claro que Ralph T. Penniker había llevado la entrevista de un modo muy cauto, tanteando el terreno… Aquella misma noche expondría sus puntos de vista a sus superiores, y más adelante quizá las conversaciones fueran más interesantes.

Bip-bip-bip-bip…

—¿Sí? —murmuró Brigitte, fastidiada de verdad.

—Se van ya, Baby.

—Que Dios los acompañe, Simón. Es hora del relevo en el remolque. Envíeme a otro compañero.

—De acuerdo.

Brigitte cerró la radio, y se sorprendió al captar la hosca mirada que le dirigía Simón.

—No necesito relevo aquí —farfulló el espía.

—Lo sé… —sonrió ella—. No nos estamos cansando demasiado, ¿verdad? Por eso, conviene que estiremos las piernas de cuando en cuando. Además, si me quedo siempre con usted aquí dentro, sin querer que le releven, podrían pensar… cosas feas.

—Serían cosas bonitas —sonrió Simón—. Bueno, supongo que todos mis compañeros tienen derecho a disfrutar de su compañía.

—Eso opino yo —rió Brigitte—. Lo contrario sería favoritismo. Vaya a darse un paseo por los jardines de la villa.

—Acepto con resignación. Hasta mi próximo turno, Baby.

—Hasta luego, Simón.

Mientras su compañero salía del remolque, Brigitte encendió un cigarrillo. Luego, fue una vez más a mirar por una de las ventanillas del remolque. La fastidiosa verdad era que se estaba muriendo de asco. No debía haber aceptado aquel trabajo. No era propio para ella, para su temperamento activo, de acción directa…

Frunció el ceño al ver pasar el coche por la avenida, a muy poca distancia de donde estaba estacionado su «Dodge» con el remolque. Era la tercera vez que veía aquel «Ford» pasando por allí, estaba segura de ello. Lo había visto antes ya dos veces. La segunda, le había llamado la atención, ciertamente, pero no le había concedido demasiada importancia. No es nada extraordinario que un coche pase dos veces por el mismo sitio en menos de un par de horas. Tres veces, sin embargo, empiezan a ser demasiadas. Desde luego, el hombre que iba al volante era el mismo de la segunda vez. Y quizá era el mismo que había conducido el coche la primera vez, sólo que ella, entonces, no se había interesado. No podía estar pendiente de todos los coches que pasasen por Flamingo Drive.

Tres veces. ¿Demasiadas?

El coche se fue alejando, a marcha muy moderada, hasta que se perdió de su alcance visual. Se quedó pensativa. Cierto que aquel coche empezaba a resultar interesante: podía ser una avanzadilla de un grupo dispuesto a atentar contra la vida de uno de los dos candidatos a presidente. O de los dos…

—¡Hola! —Sonó alegremente una voz en la puerta del remolque

—. ¡Me toca a mí estar contemplando sus ojos, Baby!

Ella se volvió, sonriendo al atlético agente de la CIA que también sonreía alegremente.

—Será mejor que dedique su atención a las pantallas, Simón. Sin embargo, bien venido sea.

—Nuestro compañero me ha dicho que usted lo besó al llegar y al despedirse. ¿Yo no merezco lo mismo?

—Nuestro compañero ha mentido.

—Vaya… Bueno, yo debía intentarlo, de todos modos. ¿No hay besos, entonces?

—Por ahora, no —rió ella.

—Tendré paciencia. Soy un tipo que sabe esperar.

—Eso es bueno.

—Tomaré café.

—Eso también es bueno.

—No crea. A algunas personas, el café las afecta seriamente. Recuerdo a un amigo que era capaz de beber más *whisky* que agua, dese cuenta. Y jamás le vi borracho. En cambio, apenas ingería una taza de café, se sentía asquerosamente mal, como él decía. Una vez, estábamos…

Simón continuó hablando, hablando, hablando… Era un muchacho simpático, que tenía unos inteligentes ojos muy vivos, atentos, y pocas veces los apartaba de las pantallas…

Veinte minutos más tarde, el coche «Ford» volvió a pasar, ahora en dirección a la quinta donde estaban los candidatos a presidente de las mitades de Nueva Coralia. Esta vez, Baby ya no se sorprendió. Simplemente, se tomó un decidido interés por el asunto. Aprovechando las últimas luces del día, pudo ver con claridad la matrícula, que anotó rápidamente en un papel. Lo tendió a Simón, que la miraba con curiosidad.

—Llame por la radio a nuestro jefe residente de Miami, Simón: quiero saberlo todo sobre este coche. Un «Ford».

—*Okay.*

Simón se dedicó a ello, mientras Brigitte recurría una vez más a su radio de bolsillo.

—¿Baby?

—Hola, Simón. Avise a la puerta. Es posible que pase por ahí, muy pronto, un coche «Ford», matrícula «Fia 28765». Va un hombre

solo al volante. Quiero que lo vigilen. Es la cuarta vez que lo veo pasar por estos lugares.

—Entiendo. Daré el aviso. La llamaré dentro de un minuto.

—De acuerdo.

Poco después de un minuto, se oyó de nuevo la voz de Simón:

—¿Baby?

—Sí, le escucho.

—Según parece, ese coche ha pasado ya por aquí, o bien ha tomado otro camino. Pero estaremos alerta por si vuelve a aparecer.

—Así ha de ser. Es todo.

Cerró la radio y miró a Simón, que la contemplaba con una amable sonrisa admirativa.

—¿Y…?

—Se van a ocupar en seguida del asunto. Nuestro jefe residente de Miami nos informará tan pronto sepa algo de ese coche.

—Muy bien. Mientras tanto, seguiremos envejeciendo de puro aburrimiento. Me parece que voy a salir un rato, para comprarme un par de libros.

—¿De espionaje? —rió Simón.

—No. Son demasiado aburridos, a veces. ¿Quiere más café, Simón?

—Bueno. Pero se terminó. Habrá que preparar más.

—A veces, preparar café es una gran diversión.

Se dedicó a ello. Poco después, ya completamente de noche, los dos estaban tomando café, fijos sus ojos en las pantallas de televisión. Brigitte pensó en hacer la broma de decir que tampoco el programa de televisión era de su agrado, pero pensó que era una tontería. Además, se sentía tan aburrida que ni siquiera tenía ganas de hablar…

Y, de pronto, la luz roja que había encima del panel con las pantallas de televisión, se encendió, con rápidas intermitencias acompañadas al sonido de alarma un «tut-tut-tut-tut» fuerte, nítido. Simón respingó, y Brigitte se puso en pie de un salto, casi vertiendo el café sobre su vestido. Requirió a toda prisa la radio de bolsillo.

—¡Simón! —exclamó—. ¿Qué ocurre? ¿El coche que le dije…?

—¡Es un helicóptero, Baby! ¡Está descendiendo sobre la casa a toda velocidad! ¡Es muy grande, deben caber ahí no menos de ocho o diez hombres!

—¡Alerta todos! ¡Quiero todas las radios de bolsillo abiertas, en comunicación directa conmigo! Prepárense para repeler una posible agresión inmediatamente. ¡Voy para ahí! —Se metió la radio, abierta, en el escote, y miró a Simón—. ¡ De prisa, Simón, pase al coche y vamos a ver qué ocurre en la quinta!

—¿Está enganchado el remolque…?

—¡Claro que está enganchado! ¡Vamos, vamos…!

Simón corrió hacia la puerta del remolque, la abrió… y en lugar de salir, regresó al interior, violentamente, al mismo tiempo que se oía un apagado «plop». Pero fue el grito de Simón el que obligó a Baby a volverse velozmente, mientras un hombre armado de una pistola con largo tubo silenciador acoplado, entraba en el remolque. La mirada de la espía fue de aquel hombre al pecho ensangrentado de Simón, que yacía ahora de cara al techo del remolque, inmóvil, demudado el rostro… Y regresó al rostro de aquel hombre, que parecía dispuesto a hablar.

No le dio tiempo. De un manotazo, envió contra él la cafetera eléctrica, directa hacia su cara. El hombre lanzó un grito de aviso, sobresaltado, y quiso esquivar el ataque de la mujer, que ni siquiera hizo caso, entonces, del hecho de que el agresor hablase en español. Lo único que quería hacer, y en el acto, era matarlo.

Desde luego, el hombre no pudo esquivarla. Se ladeó, quizá esperando que su propio impulso llevaría a Brigitte, en difícil postura, fuera del remolque. Y no. No. Contra todo pronóstico y toda previsión del hombre, las dos manos de Brigitte aferraron su muñeca derecha, y en el acto, de un modo increíble, la pierna derecha de la espía pasó por encima de aquel brazo. Luego, se dejó caer, arrastrando al hombre en la caída, con su brazo entre las piernas de Baby. Se oyó el golpetazo de los dos en el piso del remolque, pero, por encima del golpe, el escalofriante chasquido de huesos rotos. El hombre lanzó un alarido horrible antes de desvanecerse.

Y los dos hombres que entraban ya en el remolque palidecieron al ver el brazo del otro partido al revés. Su sobresaltado espanto fue tan grande, que Brigitte todavía tuvo tiempo de cambiar de postura, colocándose a horcajadas sobre el desvanecido individuo, alzando su mano derecha, que dejó caer furiosamente sobre aquel rostro lívido.

¡Crash…! Pareció que la mano fuese de acero, porque aquel rostro cedió. Pero el golpe no era mortal, y la espía volvió a alzar su mano, ciega a todo, jadeando, crispado horriblemente el rostro, que ya no parecía bello, dulce, delicado…

—¡Yo te… enseñaré a…!

¡Clock!

Esta vez, el golpe no sonó en la cabeza de aquel hombre, sino en la de Baby, que quedó encogida, crispada hacia atrás, perdido el mundo de vista. Sólo veía lucecitas de colores. Millones de lucecitas de colores estallando ante sus ojos…

¡Clock!

El segundo golpe de pistola la tiró de bruces sobre el hombre desvanecido, como muerta, inerte, manchándose con la sangre que brotaba de la reventada nariz. Inmediatamente, el hombre que la había golpeado fue a la grabadora, y quitó los dos carretes con la cinta.

—¡Es una fiera! —chilló el tercer hombre—. ¡Mátala!

—No son esas las órdenes, Artemio. Tú, encárgate de llevar a José al coche. Yo la llevaré a ella. ¡De prisa! ¡Y no discutas!

Vicente apartó de un puntapié a Brigitte de encima del desvanecido José, del cual se hizo inmediatamente cargo el llamado Artemio, sacándolo de allí, ya en hombros. Vicente asió los negros cabellos de la espía, y tiró de ellos, arrastrándola hacia la puerta del remolque. Una vez la tuvo en el borde de la escalera de madera, le fue muy fácil cargársela sobre un hombro y correr con la blanda carga hacia el coche que esperaba cerca de allí. Cuando llegó, Artemio había colocado ya en el asiento de atrás a José. Baby fue tirada dentro de cualquier manera, y mientras José pasaba al volante, Vicente entró en la parte de atrás, con Brigitte y con su compañero José. El coche se puso en marcha inmediatamente, alejándose de allí a prudente velocidad, buscando la seguridad que significaba no llamar la atención de nadie.

—¡Esa mujer es una mala bestia! —Jadeó Artemio, al volante—. ¡Nos dijeron que sería fácil capturarla!

—Cállate ya —masculló Vicente—. Dedica toda tu atención a la marcha del coche. No conocemos esta ciudad.

—¡Maldita sea! ¿Has visto cómo le ha partido el brazo a José? ¡Bruja de todos los demonios…!

Vicente optó por no hacer caso al excitado y enfurecido Artemio. Para su sorpresa, estaba oyendo dentro del coche sonido de muchos disparos, estampidos… Y la voz de un hombre, que no cesaba de gritar el nombre de Baby. Por fin, descubrió de dónde llegaba todo aquel escándalo: de entre los senos de la mujer. La asió de nuevo por los cabellos, y de un tirón brutal la sentó junto a él. Luego, de un manotazo, rasgó la ropa de la espía…, y tuvo que coger al vuelo el pequeño transmisor-receptor.

—¡Baby! —Oyó—. ¡Están lanzando granadas desde el helicóptero contra la casa! ¡Baby! ¿No me oye? ¡¡Baby…!!

Riendo, Vicente apretó el botón, y el pequeño aparato enmudeció en el acto.

—¿Has oído, Artemio? ¡Los del helicóptero también están haciendo su parte!

—Esperemos que no los derriben.

—No creo. Saben muy bien lo que tienen que hacer. Si hay el menor peligro de que los de la CIA tengan armas adecuadas para derribarlos, se irán antes de lo calculado, eso será todo. Oye… Esta chica es una monada, de veras. No sé por qué, presiento que nuestra parte va a ser más divertida que la de los del helicóptero…

Se quedó mirando a Brigitte, lánguidamente apoyada en el respaldo del asiento, con la cabeza colgando hacia un hombro. Estaba muy pálida, pero su belleza no sufría menoscabo alguno: sus largos cabellos negros, la delicada garganta, la boquita llena, tierna, un poco entreabierta ahora…

—Date prisa…—susurró—. Quiero llegar cuanto antes a la lancha.

* * *

La lancha estaba en un pequeño embarcadero de Surprise Waterway, en la West 48th Street. El coche se detuvo muy cerca, de modo que el traslado de José desde el coche a la lancha fue realizado por Artemio sin que nadie reparase en el asunto. El traslado de Brigitte fue aún más fácil, ya que había recuperado el conocimiento, si bien tenía un horrible dolor de cabeza que le producía la impresión de que la tenía rota en pedazos, hasta el punto de que de un momento a otro podía estallar definitivamente.

Aun así, tambaleante y en malas condiciones físicas, tuvo arrestos para mirar hacia el coche, con lo cual se convenció de que no era el que había estado pasando varias veces por Flamingo Drive. Tampoco ninguno de aquellos hombres era el que había visto al volante del coche «Ford».

—¡Vamos, camine, camine…! —la empujó Vicente.

Aún la empujó con más fuerza al llegar al borde del embarcadero, de modo que Brigitte cayó de bruces en la lancha. Vicente no se andaba con miramientos, y en seguida la volvió a coger por los cabellos, tirando de ella hacia el interior de la lancha. La espía pudo ponerse de rodillas, se alzó de pronto, levantando una mano… y cuando iba a descargar el golpe contra el sobresaltado Vicente, Artemio la golpeó en los riñones con la pistola, con una fuerza terrible, que dejó a Baby sin respiración, crispada, demudado el rostro.

—¡Tírala adentro! —aulló Artemio.

Pero lo hizo él mismo, propinando un puntapié a la espía, que rodó hacia atrás por los cuatro escalones de madera, hacia las cabinas. Era una lancha grande, poderosa. Al parecer, había espacio suficiente para independizar los dormitorios, en lugar de constar de algunas literas plegables todas a la vista. A puntapiés y empujones, Baby fue tirada dentro de uno de aquellos pequeños camarotes, y la puerta se cerró, con fuerte golpe.

Cuando pudo recuperar el aliento y mirar a su alrededor, todo lo que vio fue un pequeño camarote, con dos literas, un armario, un par de taburetes… y un ojo de buey, tan pequeño que era absurdo pensar escapar por allí.

Aceptó la situación con filosofía y resignación: está bien claro que no siempre se pueden ganar todos los asaltos de un combate.

Capitulo IV

Lo primero que convenía hacer era recuperar sus condiciones físicas, de modo que se aplicó a ello inmediatamente. Con toda tranquilidad, se sentó en un extremo del camarote, en el suelo, cruzando las piernas en la postura yoga, dispuesta a meditar. Sus ojos se cerraron, y, poco a poco, su cabeza fue cayendo sobre el pecho. En menos de un minuto, consiguió la relajación total y liberar su mente de todo pensamiento. Su cerebro quedó en blanco, sus músculos como muertos… El mundo no existía para Brigitte Montfort, alias Baby. Cada músculo, cada órgano, cada víscera o nervio perdió todo contacto con el cerebro…

Y así, lentamente, la recuperación se fue realizando sin sensaciones dolorosas: el cerebro no las admitía, eso era todo. El poderoso cerebro de Baby, capaz de todas las facultades humanas: catalepsia, hipnosis, evasión total de toda idea…

Cuando, algunos minutos más tarde, abrió los ojos, el intenso dolor de cabeza había desaparecido. Le dolía la cabeza por fuera, en donde la habían golpeado, eso sí. Pero no dentro. La sensación de que la tenía partida en mil pedazos dispuestos a estallar había desaparecido. El resto de golpes y sensaciones dolorosas eran mucho más fáciles de soportar por quien tantos y tan malos ratos había pasado en su vida.

Alzó la cabeza, aspiró profundamente, y descruzó las piernas. Cuando se puso en pie, lo hizo con seguridad, con firmeza. También le dolía la espalda, pero no era un dolor que le impidiese moverse, que anulase su actividad física.

Afuera se oían voces de hombre, y la espía fue hacia la puerta, a la cual aplicó su finísimo oído. Las palabras de dos hombres llegaron hasta ella como si estuvieran allí mismo, en el camarote. Uno de ellos era llamado Artemio por el otro, que, a su vez, parecía llamarse Vicente…

—Habría que buscarle un médico.

—Puede ser peligroso. Ya veremos qué se hace, Artemio.

—Se va a morir si lo dejamos con el brazo así, y la cara rota por esa puerca… No me parece que debamos esperar nada, Vicente.

—No sé… Quizá tengas razón. José está mal… Fíjate cómo le salen los huesos del brazo… Seguramente, quedará mal para siempre de este brazo.

—A lo mejor, si lo llevamos pronto, pueda hacerse algo mejor por él.

—Sí, es posible… No sé cómo le sentará esto a Odón de Torres, sin embargo. Ya nos advirtió sobre estas cosas, y quedamos en que si había heridos, tanto los del helicóptero como nosotros, nos las arreglaríamos solos.

—¡Pero no es lo mismo una herida de bala que un brazo hecho papilla! ¡Nosotros no sabemos curar eso!

—Mira… Nosotros tenemos la razón, pero ya conoces a Odón de Torres: cuando él da una orden, es para que sea cumplida al pie de la letra. Nos contrató a todos, puso sus condiciones, y las aceptamos… Nos paga bien, y si hemos tenido contratiempos, no habrá sido por su culpa.

—¡Maldita sea mil veces esa mujer…! ¡El demonio se la lleve!

—Tranquilízate. Es de suponer que los del helicóptero habrán tenido mejor suerte. Yo creo que… Sí, lo mejor sería llevar a José adonde irán los del helicóptero cuando terminen su trabajo… Bueno, ya deben haberlo terminado, claro. Si llevamos allá a José, podríamos trasladarlo en el helicóptero lejos de aquí, de Miami. Con decir que habíamos tenido un accidente, cualquier médico lo atendería.

—¡Es una buena idea!

—Bien… Puedes encargarte de ella, si quieres. Pero será mejor que De Torres no sepa nada de esto. Díselo así a los demás.

—Está bien… ¿Qué harás tú?

—Bueno… Puesto que tú sientes tanto interés por José, yo me entretendré con la chica. Cuando vuelvas, será tu turno. ¿Qué dices?

—De acuerdo. Hay que aprovechar una ocasión como ésta, ¿no te parece?

—¡Vaya si me parece!

Se echaron a reír los dos. Brigitte se apartó un paso de la puerta, y se miró el desgarrado vestido, sonriendo fríamente. Al parecer, tenía la suerte de que ninguno de aquellos hombres había sido exactamente informado de con quién se estaban jugando la vida. Incluso parecían no acabar de salir de su asombro ante lo que ella le había hecho al tal José. Muy bien.

Estaba rasgándose aún más el vestido, siempre con la fría sonrisa en los labios, cuando oyó la voz de Artemio:

—Vamos a echarle un vistazo antes de que te quedes solo con ella. Conviene asegurarse de que está despierta, pues así veremos qué clase de fuerzas le quedan para… pelear contigo. Demonios, Vicente, me gustaría ser yo el primero…

—¡Bah! ¿Qué más da? Puedes estar seguro de que esa individua no tiene ya nada que nosotros podamos ser los primeros en descubrir. O sea, que lo mismo da ser primero que segundo. A lo mejor, somos el que hace siete mil uno y siete mil dos… ¡Je, je, je…!

Estaban todavía riendo los dos cuando abrieron la puerta. Pero, aunque reían, no se descuidaban. Tenían la pistola en la mano, y su mirada se posó desconfiadamente sobre la espía, que se había sentado en el borde de la litera inferior, haciendo lo posible por cubrirse el torso con el desgarrado vestido. O así lo parecía.

—Ah… Parece que está en buenas condiciones, ¿verdad? —deslizó Artemio.

—Sí… En muy buenas condiciones —brillaron los ojos de Vicente.

—¿Quiénes son ustedes? —Musitó Brigitte—. Me parece que no saben en lo que se han metido.

—Lo sabremos muy pronto —rió Vicente—. Bueno, tú, ya puedes marcharte. Te ayudaré a colocar a José en el coche, y… volveré yo solo.

La puerta se cerró nuevamente, quedando sola la espía. Volvió a escuchar, y captó todo el movimiento de los dos hombres subiendo a la cubierta a José, que, según parecía, continuaba sin conocimiento. Se acercó al ojo de buey, pero sólo pudo ver el mar; el embarcadero estaba al otro lado de la lancha.

No se molestó en volver a examinar la cerradura. De haber contado con más tiempo, podría haberla estropeado con cualquier

cosa, pero sabía que Vicente no podía tardar. Y, en efecto, antes de que hubiesen transcurrido cuatro minutos, oyó las pisadas afuera. Las pisadas se detuvieron delante de la puerta, y en el acto se oyó el girar de la cerradura… Colocada como una pantera al acecho a un lado de la puerta, Brigitte sonrió secamente cuando, tras abrirse ésta unas pulgadas, oyó la voz de Vicente:

—Colóquese al fondo del camarote, que yo la vea.

Resignada, obedeció. Vicente entró, pistola en mano. Cerró la puerta y sonrió malignamente.

—Yo creo que es usted un poco peligrosa, amiguita, de modo que antes de dedicarnos al juego que se me ha ocurrido, la aturdiré un poco con un par de golpes. Vuélvase de espaldas a mí.

Baby obedeció, con expresión asustada… Expresión que desapareció cuando estuvo vuelta de espaldas. En su lugar apareció una mueca dura, alerta, expectante. Oyó claramente los pasos de Vicente, acercándose. Cuando se detuvieron tras ella, Brigitte esperó todavía un segundo. Un segundo exactamente, antes de volverse velozmente, ladeándose…

En efecto. Tal como había calculado, Vicente estaba ya lanzando el golpe con su pistola contra su cabeza… Y ya no podía hacer otra cosa. Vicente lanzó una exclamación al comprender la perfecta jugada de la espía, su cálculo exacto de lo que estaba ocurriendo tras ella… Abrió mucho los ojos, quiso detener el golpe, apuntarla con la pistola… Demasiado tarde ya. El golpe pasó rozando a Baby, quien, mientras Vicente intentaba recuperar el equilibrio, lanzó un gracioso pero terrorífico golpe de *karate* con su mano derecha, desde el centro de su pecho a la garganta de Vicente. Fue un impacto tremendo, que pilló al hombre de abajo arriba cuando estaba cayendo hacia delante. El golpe no sólo lo detuvo, sino que lo tiró de espaldas, como un saco, de modo veloz, fulminante.

Brigitte saltó sobre él cuando intentaba incorporarse, con la pistola todavía en la mano, buscándola con extraviada mirada. Cayó sobre su pecho, a horcajadas, y de otro fortísimo golpe envió la pistola a un rincón del camarote. Luego, desesperados los dos, golpearon a la vez.

El puño izquierdo de Vicente dio fuertemente sobre Brigitte, que palideció justo en el instante en que golpeaba con el canto de su mano en la frente del hombre. Vicente quedó inmóvil.

Casi sin respiración, Brigitte se dirigió, a gatas, adonde había quedado la pistola, en el rincón del camarote. La empuñó, y quedó de rodillas, respirando entrecortadamente, fijos sus ojos en el desvanecido enemigo. Poco a poco, su respiración se fue normalizando.

Pero estos pensamientos se esfumaron muy pronto. Ya respirando con normalidad, sus finos oídos podían captar cualquier sonido en toda la lancha… Y el sonido que captaban era de unos pasos. Pasos cautelosos, lentos. Luego, el suave chasquido del pestillo de una puerta de otro camarote. Los pasos de nuevo. Se acercaban. Alguien estaba registrando la lancha, al parecer. Se deslizaba cautelosamente, buscando de camarote en camarote. Ya había mirado en uno, y ahora iba a mirar en el que se hallaba Brigitte…

Cierto. La puerta se abrió lentamente. Quedó quieta cuando la persona que empujaba, desde afuera, debió ver ya a Vicente, tendido en el centro del pequeño camarote. Hubo unos segundos de espera, de tensión, que Brigitte aprovechó para deslizarse sin el menor ruido hasta detrás de la puerta a medio abrir. Quedó allí, acuclillada, lista la pistola con silenciador para ser disparada en el acto.

La puerta se abrió más, y un hombre entró, con decisión, ya sin esforzarse demasiado en no hacer ruido. Ni siquiera adoptó precaución alguna. Llegó hasta Vicente, se arrodilló junto a él, y le puso una mano sobre el corazón…

—Siga así —musitó Brigitte.

El hombre se estremeció. Tenía la pistola en la mano derecha, pero en seguida debió comprender que no tendría tiempo de volverse y disparar antes de recibir un balazo. Pareció petrificado.

—Eso es —elogió secamente la espía—. Ahora, mueva solamente su mano, para enviar la pistola al rincón del camarote que tiene enfrente. Hágalo ahora.

La pistola fue a parar al lugar indicado, y, entonces, el desconocido se puso en pie y se volvió. Resultó no ser tan desconocido: era el hombre que había estado paseando en el coche «Ford» matrícula de Florida, por Flamingo Drive, aquél que Brigitte había visto por cuatro veces. Alto, fuerte, de hombros descomunales y cintura estrechísima. Parecía un gigantesco gimnasta. Su rostro

era oscuro, torvo, y sus negros ojos parecían dos piedras brillantes. Firme el mentón, seco el gesto de la boca de finos labios, espesas las cejas… Un tipo impresionante.

—Nos conocemos, ¿no es cierto? —inquirió Brigitte.

—Es posible.

—¿Quién es usted?

El hombre sonrió burlonamente y apretó los labios, con un gesto que Brigitte conocía muy bien.

—¿No piensa contestar? —sonrió—. Quizá no se da cuenta de que puedo matarlo, amigo.

—Me estaría bien empleado, por querer ayudarla.

—¿Ayudarme? ¿Usted a mí? ¿Por qué?

—Porque es de la CIA.

—Bien… Si, como entiendo, se considera amigo de la CIA, no tiene por qué negarse a contestar a mis preguntas.

El hombre rechazó la sugerencia con un gesto de hombros.

—No le diré nada. Y no me habría atrapado si no me hubiese equivocado. Al ver a este tipo así, en el suelo, pensé que usted ya se había ido, y por eso me confié. De todos modos, insisto en que sólo quería ayudarla a usted. Por esta vez, estoy de acuerdo con la CIA, si bien debo decirle que se están equivocando.

—¿En qué? —entornó los ojos Brigitte.

—En muchas cosas. Pero, especialmente, en lo que se refiere a Rómulo Sánchez y Gilberto Martino.

—Ya… ¿Quizá está usted hablando de que deberíamos ocuparnos de alguien llamado Odón de Torres?

El hombre palideció. Sus facciones sufrieron una ligera sacudida.

—¿Qué sabe usted de Odón? —musitó.

—Poca cosa. Usted me dirá las restantes. ¿O no?

—Mire, señorita…

—Baby —sonrió la divina espía.

El hombre pareció quedar atónito, ahora. Parpadeó, y, de pronto, sonrió como aliviado.

—¿Usted es Baby?

—Sí.

—Bien… Eso puede que cambie las cosas, en cierto modo. Al menos, ya no tengo la menor duda de que este asunto se resolverá del modo correcto.

—Es usted muy amable. Pero sigue sin contestar a ninguna de mis preguntas.

—Veamos… Quiero colaborar, pero me debo a cierta persona que puede salir muy perjudicada si se cometen errores. Soy un hombre muy fiel a mis ideas y a mis amigos, Baby.

—Eso es digno de alabanza, sin duda. ¿Quizá está dando a entender que usted y yo podemos ser amigos?

—Me gustaría mucho, de veras. Pero, en estos momentos, no me parece conveniente hablar. Aun así, la ayudaré. Busque a un hombre que se hace llamar Marius Potter. Su verdadero nombre, sin embargo, es Virgil Vuzek. Es checoslovaco. Esta noche, o quizá mañana, llegará al «Arcadia Hotel» de esta ciudad. Mátelo.

—¿Matarlo?

—Si no lo hace usted, lo haré yo. De un modo u otro, ese hombre tiene que morir. Lo demás ya está preparado.

—¿Qué es lo demás?

—Lo lamento, pero no puedo decírselo. En realidad, le he dicho ya demasiado. Pero —sonrió— usted me está amenazando, y he querido contentarla un poco.

—No lo suficiente. ¿Por qué no podemos hablar con claridad?

El hombre vaciló.

—Debería consultarlo.

—¿Con quién?

—Con mi jefe. Y debo decirle que él no siente ninguna simpatía por la CIA Ni yo, desde luego.

—Sin embargo, me ha dicho algo a mí, ¿no?

—Admiración y estima personal. A usted, a Baby, no a la CIA De todos modos, insisto en que no puedo decirle nada más. Mi jefe no quiere que nadie intervenga en nuestros asuntos.

—Pues ya ve que eso no es posible. Le voy a advertir seriamente, amigo: si no es más explícito conmigo, le mato ahora mismo… ¿Me explico con claridad?

El hombre se pasó la lengua por los labios, aunque no parecía demasiado asustado.

—Sólo le diré otra cosa más, y eso, porque usted es Baby, y yo, personalmente, confío en sus decisiones: mate a Rómulo Sánchez y a Gilberto Martino.

—¿Es una broma?

—No.

—¿Por qué debo hacer semejante cosa?

—Ejecútelos: eso es todo.

—¿Es usted de Nueva Coralia?

—Sí.

—Entonces, sabe mucho más que yo de todo esto. Tiene usted cinco segundos para empezar a contarme todo lo que sabe. O eso, o le…

Los dos se habían olvidado de Vicente, quien, de pronto, se incorporó, de un salto, y corrió hacia la puerta del camarote, tras empujar al gigante. Brigitte alzó la mano armada y apretó el gatillo… Pero no salió ninguna bala. Quien sí salió del camarote, a toda velocidad, fue Vicente, mientras el otro hombre saltaba hacia donde había tirado antes su pistola, la recogía y, sin hacer caso de Brigitte, salió detrás de Vicente… Apenas había salido del camarote, Brigitte, que miraba con disgusto y sobresalto su pistola encasquillada, oyó los tres apagados disparos: plop, plop, plop… Más allá, el grito de Vicente, y, en seguida, el sordo golpe de su cuerpo contra el suelo.

El gigante entró en el camarote de nuevo, muy de prisa, apartándose de la puerta, y sonrió al ver a Brigitte junto a ésta, con la pistola en alto, defraudada en su intento de golpearle.

—Parece que su pistola no funciona, ¿eh? —comentó divertido el atlético personaje—. Inconvenientes de usar armas ajenas. La gente no sabe cuidar bien sus pertenencias. —Yo, sí. Mi pistola funciona… Ese hombre de ahí fuera lo ha debido comprobar, al recibir tres balas en la nuca.

—¿Era necesario matarlo?

—Desde luego. Pero no haga más preguntas. Si acaso, soy yo quien debería hacerlas ahora, ¿no cree?

—Pues pregunte —sonrió Brigitte—. ¿Qué quiere saber?

—Nada. Yo lo sé todo.

—Le envidio. ¿No quiere compartir sus conocimientos?

—Ya le he dicho que personalmente lo haría con mucho gusto. Pero mi jefe no quiere intervenciones de nadie. Tendré que hacerlo yo todo. Sin embargo, me ahorraría mucho trabajo si matase a Sánchez y a Martino.

—Quizá lo haga, si me dice por qué tienen que morir.

El hombre vaciló.

—No puedo. Lo siento. De nuevo le digo que mi jefe siente profunda antipatía por la CIA No quiere su intervención, y por eso me llamó a mí, para que lo arregle todo. Y eso haré. Si más adelante él me autoriza a aclararle a usted las cosas, lo haré con gusto. Y ahora, adiós.

—Adiós, señor… X.

—¿Puedo contar con que no me seguirá? Me disgustaría mucho tener que herirla, Baby.

—Como premio a sus buenas intenciones, lo dejaré marchar sin contratiempos —sonrió ella, divertida—. ¿No puedo saber su nombre, de verdad?

Él sonrió de un modo extraño.

—Blas… —dijo por fin—. Blas Morales.

—Pues… hasta la vista, amigo Blas.

Morales salió del camarote, y Brigitte se quedó mirando la pistola, con disgusto. Con ella en la mano, salió del camarote, por fin. En efecto, Vicente estaba tendido en el suelo, y tenía tres balazos, casi juntos, en la nuca. De donde se desprendía que Blas Morales era un tirador quizá tan excepcional como la propia Baby.

Le quitó a Vicente la radio de bolsillo, y estaba a punto de llamar por ella, cuando pensó que lo mejor era salir de allí antes de que Artemio regresase, con una pistola que seguramente sí funcionaría. Salió a toda prisa de la lancha, y, todavía estaba en el embarcadero, cuando vio el coche, en el mismo sitio donde sus captores lo habían dejado al llegar allí. ¿Acaso Artemio no se había llevado a José para que lo atendiese un médico?

No.

No se lo había llevado.

Es más: José, el del brazo partido, ya no necesitaba un médico. Ni Artemio tampoco. Los dos estaban muertos, dentro del coche. Artemio, ante el volante, y José en el asiento de atrás. Artemio tenía un balazo en el centro de la frente. Y lo mismo el pobre José, que había dejado de sufrir. Un cuadro macabro, ciertamente, dentro de la oscuridad del coche. Los tres hombres que la habían llevado allí estaban muertos.

—Amigo Blas —musitó Brigitte—, parece que eres un asesino muy competente. Mataste primero a José y a Artemio, antes de que

pudieran marcharse, y luego fuiste en busca de Vicente, que los dejó aquí, pues tenía prisa en divertirse conmigo… Lo que me pregunto, amigo Blas, es si realmente querías ayudarme, si por ese motivo has aparecido aquí.

Esto la dejó perpleja. Evidentemente, Blas Morales había matado, sin piedad alguna, a tres hombres enemigos de Baby, y, en cambio, a ella la había dejado con vida. ¿En verdad, entonces, Blas Morales se consideraba amigo de la agente Baby? ¿Por qué? ¿En qué bando estaba y qué…?

Brigitte sacudió la cabeza. No era momento de pensar. Llamó por la radio.

—¡Baby! —gritó Simón—. ¡La hemos estado llamando, pero ya habíamos desistido porque…!

—Tranquilícese. ¿Cómo está Simón? ¿Ha… muerto?

—No. Ha sido llevado a una clínica, y parece que vivirá…

—Gracias a Dios…

—Los del helicóptero…

—Deje eso, de momento. Quiero que venga a recogerme con un coche y dos compañeros, Simón. Ellos se quedarán vigilando una lancha, por si alguien viniese a interesarse por ella. Si así fuese, que sigan a esa persona, pues seguramente formará parte del grupo que iba en el helicóptero. ¿Entendido?

—Sí, sí… ¿Dónde está?

—En un embarcadero de Surprise Waterway, en la orilla de la West 48th Street, como a… trescientas yardas del puente de Alton Road.

—Vamos para allá ahora mismo.

—*Okay*… Parece que ya se nos ha terminado el aburrimiento. Los espero, Simón.

Capitulo V

Dos agentes de la CIA se ocuparon del asunto. Uno de ellos fue el encargado de llevar los tres cadáveres a la Morgue, mientras el otro, a la espera del primero, se quedó vigilando la lancha, por si alguien aparecía.

Brigitte y Simón regresaron hacia la quinta alquilada, en el coche en que habían llegado los de la CIA Simón iba al volante, dando explicaciones sobre lo sucedido con el helicóptero.

—… Dejaron caer un par de granadas, pero, afortunadamente, no causaron daños personales. También llevaban metralletas, y dispararon contra la casa y contra nosotros. Le aseguro que fueron unos momentos muy malos, Baby.

—¿Acaso no disponían de los fusiles lanza-granadas, como yo ordené? —Gruñó Brigitte.

—Sí, sí… Les disparamos con uno de ellos, el que llegó antes. Y ya no nos dieron tiempo a más. Comprendieron que llevaban las de perder si averiábamos el helicóptero, así que, apenas la primera granada estalló muy cerca de ellos, se fueron a toda velocidad.

—¿No hubo heridos?

—Por nuestra parte, no. Fue todo muy rápido… Parecía que su objetivo era la casa. Si no hubiésemos tenido allí los lanza-granadas, las cosas habrían sucedido de otro modo, pues no habrían desistido tan fácilmente, no se habrían asustado sólo por unas cuantas pistolas o metralletas… Una de las terrazas está destrozada por las dos granadas que cayeron en ella. Nuestros… invitados están muy asustados.

—Es natural —musitó Brigitte—. Supongo que vino la Policía, que la calle se llenó de curiosos…

—Fue inevitable, es claro. Pero ya solucioné esa parte, sin inconvenientes. Nuestro jefe residente de Miami se ha encargado del asunto. Ah, por cierto, llegó un mensaje para usted, al

remolque: el coche que usted pidió que le buscaran, el «Ford» matrícula «Fia 28765», es alquilado.

—¿A nombre de Blas Morales?

—No —se sorprendió Simón—. No, no. Un tal Eladio Flores, que presentó documentación portorriqueña, y que dijo estar alojado en una pensión llamada «Sunway», en Miami City, en la North West 8th Street.

—Es un dato digno de tenerse en cuenta —sonrió secamente la espía—. Sobre todo, teniendo en cuenta que debe ser falso.

—¿Quién es ese Blas Morales?

—Un interesante personaje. Cuando lleguemos a la quinta, Simón, va a enviar a dos muchachos al «Arcadia Hotel»… Me suena como sito en Collins Avenue, o sea, muy cerca de aquí, en Miami Beach. Allá, nuestros compañeros esperarán la llegada a ese hotel de un hombre llamado Marius Potter. En realidad, es checoslovaco, y su nombre verdadero es Virgil Vuzek.

—Demonios… ¿Cómo sabe todo eso? ¿Y quién es ese Vuzek, qué pinta en todo esto?

—No lo sé. Y esta respuesta es para todas sus preguntas… ¿Le suena a usted el nombre de Odón Torres?

—No… No, desde luego.

—Era de esperar. Veremos qué dicen nuestros… invitados.

* * *

Los invitados de la CIA en aquella quinta de Miami Beach se impresionaron muchísimo al oír aquel nombre, eso fue evidente. Estaban reunidos en el *living,* inquietos, como si temieran que algunas granadas más cayeran sobre la casa, con mayor peligro que el que había significado el destrozo de una terraza, plantas, flores y cristales…

—Sí —asintió al fin roncamente Rómulo Sánchez—. Ese nombre es bien conocido por todos nosotros.

Brigitte asintió con la cabeza. Miró a Rosaura Martino, a Gilberto Martino, a Nicéforo Padilla, a Faustino Sarrias… En la puerta había dos hombres del séquito de los candidatos a presidente, llamados Pedro y Lucio, ambos bien armados… y muy asustados.

—Bien… ¿Quién es ese hombre? —preguntó la espía.

—Es… Bueno, es… No. Fue un personaje importante hace algunos años en la política de Nueva Coralia.

—¿Fue importante? ¿Ya no lo es?

—No. Hace… cuatro o cinco años que se retiró. Tiene una casa no muy lejos de la capital, en Luna del Mar, donde hace tiempo que vive solo, con un par de criados.

—¿Alguno de esos criados se llama Blas Morales?

—¡Blas Morales! —chilló de pronto el secretario de Sánchez, Nicéforo Padilla—. ¡Decían que había muerto…!

—Cálmate, Nicéforo —gruñó Rómulo Sánchez—. La señorita todavía no ha dicho que Blas esté vivo; sólo si uno de los criados de Odón de Torres se llama así.

—¿Murió Blas Morales? —susurró Brigitte.

—Según parece, sí.

—¿Cuándo y cómo?

—Oh, hace… cuatro o cinco años, poco antes de que Odón de Torres se retirara de la política.

—¿Cómo era ese Blas Morales? ¿A qué se dedicaba?

—Morales era… un gigante con cara de… de lo que era: un asesino. Era el mejor instrumento de Odón de Torres.

—No sé si comprendo. ¿Odón de Torres era tiránico, quizá disponía de asesinos políticos, o…?

—No, no… Odón de Torres, durante el tiempo que estuvo en la presidencia, fue muy querido. Pero, a veces, surgían… problemas especiales de envergadura. Entonces, llamaba a Blas Morales, y él los solucionaba todos. Blas Morales era una especie de… jefe del servicio secreto y policía política. No era muy querido en Nueva Coralia, precisamente.

—Pero sí era querido Odón de Torres.

—Oh, sí… Mucho. Todos lamentamos que se retirara de la presidencia del país. Desde entonces, las cosas han ido de mal en peor, hasta desembocar en las actuales circunstancias, en que para evitar una guerra civil tendremos que dividir Coralia en dos países.

—¿Cómo murió Blas Morales?

—Se despeñó, con un auto, por un acantilado. Hubo quien dijo que alguien, harto de él, lo había asesinado, estropeando su coche o algo así.

—¿Su cadáver fue hallado?

—No.

—¿Por qué se retiró de la política ese hombre llamado Odón de Torres?

—Su salud era muy delicada. La presidencia de Nueva Coralia era más de lo que esa salud podía permitirle.

—Entiendo. Díganme una cosa: ¿admitirían la posibilidad de que Odón de Torres quisiera volver a la palestra política… empezando por eliminarlos a ustedes?

—¿Qué dice? —Exclamó Martino—. ¡Nunca creeríamos eso de Odón de Torres!

—¿Y de Blas Morales? En el supuesto de que estuviese vivo, se entiende.

Hubo un cambio de miradas entre los dos candidatos a presidente, la esposa de uno de ellos, y los secretarios de ambos. Por fin, uno de éstos, Faustino Sarrias, fue quien musitó, sombríamente:

—Blas Morales sería capaz de cualquier cosa.

—En efecto —apoyó Gilberto Martino—. Pero no tiene… envergadura política. Por sí solo, no sería capaz de conseguir nada realmente positivo. Y, desde luego, jamás sería aceptado como presidente de Nueva Coralia. O de una de las mitades. Ya le hemos dicho que no era querido en nuestro país.

—Bien… Puesto que Odón de Torres, según la opinión de ustedes, no sería capaz de nada delictivo, y muerto Blas Morales… ¿se les ocurre el nombre de algún enemigo de ustedes, de alguien que quiera también ser presidente de Nueva Coralia, o algo parecido?

Hubo una vacilación en el grupo. Por fin, Rómulo Sánchez movió negativamente la cabeza.

—No. No conocemos de nadie más que pudiera sentir esa clase de intereses. Bueno…

—Usted está ocultando algo, señor Sánchez —lo miró hoscamente Brigitte—. ¿Qué es ello?

—Pues… parece que, últimamente, Odón de Torres volvió a sentir… ambiciones políticas. Rumores nada más, claro…

—¿Conocen a alguien llamado Virgil Vuzek, o Marius Potter?

—No.

—Bien. Eso es todo. Muchas gracias por su colaboración.

—Espere… Un momento… ¿Van a dejarnos aquí, en esta casa?

—¿No les gusta?

—¡La han bombardeado ya una vez! —Casi chilló histéricamente Rosaura Martino—. ¡Saben dónde estamos, y…!

—Tranquilícese, señora. Me encargaré de buscar otro alojamiento para ustedes.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. Mientras tanto, descansen tranquilos… Ya han visto que el ataque no ha tenido éxito. Lo mismo sucedería si volviera a repetirse. Buenas noches… Venga conmigo, Simón.

Salió rápidamente del *living*, antes de que Rosaura Martino tuviera tiempo de interpelarla de nuevo, cosa que parecía dispuesta a hacer. Ya fuera de la casa, Brigitte señaló hacia el coche.

—Iremos a ver a Simón. Quiero asegurarme de que está… ¿Qué ocurre?

Simón había soltado un gruñido, y estaba llamando por señas a uno de sus compañeros, que se acercó prestamente.

—Aposté veinte dólares a que usted, con todo este jaleo, no se acordaría de nuestro compañero…—gruñó Simón.

—Y has perdido —rió el otro, recién llegado—. Son los veinte dólares que más seguros he tenido en toda mi vida. El día en que Baby haga algo así, me retiraré, y me dedicaré a cuidar ranas. Saludos a nuestro compañero, Baby.

Se embolsó los veinte dólares, y se alejó, silbando alegremente, metralleta al brazo. Simón soltó otro gruñido, y señaló el coche.

—Cuando usted quiera, Baby.

* * *

Simón estaba muy pálido, pero bien atendido, y, según la enfermera, fuera de todo peligro, si bien la herida no era precisamente leve. El otro Simón quedó en pie, mientras Brigitte, sentada junto a la cama, contemplaba el pálido rostro del simpático compañero herido. Le habría gustado ser ella quien matase a José, pero lo cierto era que ya estaba muerto.

Muerto por Blas Morales, quien, evidentemente, no había muerto. No cabía pensar que fuese alguien que usase ese nombre,

ya que la descripción de Morales no admitía dudas, ni física ni moralmente: un gigante asesino. Luego, estaba aquel Odón de Torres, que, obviamente, era el jefe de los fallecidos Vicente, Artemio y José, así como del grupo de hombres que en un helicóptero habían atacado la quinta. O sea, que, aunque los candidatos a presidentes creyeran lo contrario, Odón de Torres sí era capaz de atentar contra sus vidas, y más si, en la actualidad, volvía a tener ambiciones políticas. De todo esto, se desprendía fácilmente que el ataque a la quinta y al remolque había sido efectuado bajo órdenes de Odón de Torres. Pero, si Blas Morales había asesinado a Artemio, José y Vicente, quería decir que no estaba del bando de Odón de Torres ya que los tres muertos habían estado trabajando para Torres, ella lo había oído claramente. Entonces… ¿quién era el nuevo jefe de Blas Morales? ¿Por qué éste luchaba ahora contra Odón de Torres y también contra los candidatos a presidentes, ya que le había dicho bien claramente que debían ser ejecutados, y que si no lo hacía ella lo haría él? Al parecer, había tres bandos. Uno, el formado por los candidatos a presidentes del país que querían dividir. Dos, Odón de Torres, que disponía de hombres y equipo para organizar sus asesinatos. Tres, Blas Morales, que parecía luchar contra todos. O quizá existían cuatro bandos, ya que estaba aquel checoslovaco llamado Virgil Vuzek, que llegaría quizá aquella misma noche, o al día siguiente, al «Arcadia Hotel». Y también contra éste luchaba Blas Morales. Asombroso. ¿A quién quería favorecer Blas Morales? ¿De qué bando estaba?

De pronto, Baby sonrió, y se puso en pie, inclinándose en seguida sobre el inconsciente Simón, al que besó dulcemente en los labios. Luego, miró a la sonriente enfermera.

—Cuando despierte, dígale esto. Ayudará a su recuperación.

—No lo dudo —rió también la enfermera.

—Y sobre todo —Brigitte miró fijamente a la muchacha, que se sintió, de pronto, un poco azorada—, no lo dejen solo. Yo sería incapaz de comprender el menor descuido, señorita.

—Sí… No se preocupe…

—Buenas noches.

Ya en el coche, tras encender un cigarrillo, Brigitte dio sus últimas instrucciones:

—Yo me dedicaré a dormir unas horas, Simón. Mientras tanto, usted se ocupará de diversos asuntillos. Uno: quiero que un compañero vuele a Washington, y regrese con una ficha completa de Odón de Torres; debe existir, puesto que fue presidente en Nueva Coralia. Dos: otro compañero volará en avión especial o avioneta, a la capital de Nueva Coralia. Allá, buscará a Odón de Torres, y se enterará de cómo vive actualmente, qué visitas recibe, cuáles son sus amigos, etcétera… Tres: no quiero que pase inadvertida la llegada de Virgil Vuzek al «Arcadia Hotel». Se me avisará inmediatamente, sea la hora que sea. Cuatro: el coche matrícula «Fia 28765» tiene que ser hallado cuanto antes; en el acto, también sea la hora que sea, se me avisará. Cinco: ocúpese de los relevos en la vigilancia de la lancha varada en el embarcadero de Surprise Waterway; y, también, si alguien llega a ella o se sabe algo concreto, se me avisará inmediatamente. Seis: sé que somos pocos en estos momentos para tantas cosas, pero aquél que proteste o no esté dispuesto a hacer lo que sea necesario, que se retire, con la seguridad de que no le caerá simpático a Baby. ¿Alguna duda, Simón?

—Una sola: ¿qué está usted tramando?

—La solución, mañana —sonrió Brigitte—. Y ahora, lléveme a ese fastidioso remolque. Tengo que descansar unas horas. Y no se preocupen demasiado por la vigilancia de la quinta: ya no atacarán más.

—¿Cómo puede saber…?

—Soy un poco bruja. Espero que algún día alguien me regale una escoba voladora. Sería muy práctico.

* * *

La primera noticia llegó a las cinco de la mañana. Y apenas el agente de la CIA que llegaba con un portafolios entró en el remolque, Baby abrió los ojos, sin dar tiempo a su compañero de turno ni siquiera a abrir la boca para llamarla.

—¿Teníamos *dossier* sobre Odón de Torres? —preguntó ella.

—Sí. Traigo fotocopia de todo. Deberá quemarlas después de obtener de ellas lo que le interese o considere datos importantes.

—Muy bien. ¿Café?

—Sí, gracias.

El espía que había volado en viaje de ida y vuelta a Washington, se dedicó a beber café, contemplando hoscamente las pantallas de televisión.

Por su parte, la agente Baby, sin el menor rastro de sueño en sus ojos, quedó absorta en la lectura de todos los informes que la CIA poseía sobre el ex presidente de Nueva Coralia Odón de Torres.

* * *

La segunda noticia llegó a las once y pico de la mañana. El agente que había ido a Nueva Coralia estaba de regreso. Y Brigitte se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Tan pronto lo consiguió todo, Simón? Le felicito…

—No merezco esa felicitación. Fue fácil… O espero que nos será fácil: Odón de Torres no está ahora en Nueva Coralia.

—¿No? ¿Dónde está?

—En Miami.

—¿Aquí? —Musitó Brigitte—. ¿Dónde, de la ciudad?

—Eso parece que nadie lo sabe…, o nadie quiere decirlo. Si usted quiere, empezaremos a buscarlo ahora mismo.

Brigitte volvió a fruncir el ceño, y estuvo pensativa durante casi un minuto.

—No… No es necesario, Simón —dijo al fin—. El señor Odón de Torres no tardará en dejarse ver, lo sé. Esperaremos su juego. Vaya a descansar.

—Si usted quiere, podemos…

—Vaya a descansar. Es todo.

—*Okay* —suspiró el cansadísimo espía.

La tercera noticia llegó con una suplementaria, y no era precisamente buena. Efectivamente, un hombre había aparecido en el embarcadero, había saltado de pronto a la lancha, y se había ido con ella, dejando como clavados a los dos agentes de la CIA que la vigilaban. Sin embargo, esto no era malo del todo, ya que ellos habían tenido la precaución de colocar un emisor de señales en la lancha, y era sólo cuestión de tiempo que la encontrasen; y ahora, sin duda, en un sitio mucho más interesante que en el embarcadero. Los dos espías estaban rastreando las señales del emisor con el

correspondiente receptor especial. Era cuestión de tiempo…

La noticia suplementaria, se debía a actividades personales de Simón, a iniciativa propia. Pero parecía disgustado.

—Estuve por mi cuenta en esa pensión llamada «Sunway», en Miami City, para ver si encontraba al tal Eladio Torres, el tipo que alquiló el coche «Ford» matrícula Florida 28765. En efecto, está alojado allí, pero hace tres días que la patrona no le ve. Dijo que se iba a pescar a los Everglades, y que estaría fuera no menos de una semana. No encontré nada interesante en su cuarto.

—Era natural —sonrió Brigitte—. No quiero molestarlo, Simón, pero si el dato me hubiera parecido interesante, lo habría tenido muy en cuenta.

—Bueno… Sólo se ha perdido mi tiempo. ¿Qué opinión le merece Odón de Torres después de leer el informe sobre él?

—Muy buena —sonrió Brigitte.

—¿De veras? Vaya… ¿Ha venido también esta tarde nuestro consejero político a visitar a los candidatos a presidentes?

—Sí. Pero se marchó en seguida. Llegó a las cinco, puntualísimo, y a las cinco y cuarto ya estaba en la calle. Esta vez, aunque Blas Morales se quedase con las cintas grabadas que se llevaron José, Vicente y Artemio, no le serían de utilidad. Ni creo que les haya encontrado gran utilidad a las que se quedó ayer.

—Sí, claro… ¿Por qué se marchó tan pronto nuestro consejero político?

—Porque los candidatos están asustado. Y no quieren hablar de nada hasta sentirse a salvo, seguros. Me han enviado recado no menos de cuatro veces durante el día exigiéndome que los traslademos a otro lugar.

—No creo que sea tan difícil —se extrañó Simón.

—No. Pero yo no quiero hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque, mi querido Simón, ninguna trampa funciona bien sin su correspondiente cebo.

—¡Demonios…! ¿Los está utilizando como cebo?

—Evidentemente.

—No creo que eso les guste, si llegan a enterarse.

—Me tiene sin cuidado que les guste o no. Yo creo, en casos como éste, que la solución no consiste en huir, sino en cazar a la

fiera que quiere atacarnos. Hecho esto, podemos estar tranquilos… para atender nuestros negocios. Y para todo. Estaba pensando en hacerle una visita a nuestro compañero. He telefoneado varias veces, y he hablado con él. Está muy débil, pero bien. Podríamos llevarle algo que sea de su especial agrado… ¿Qué me sugiere?

—Usted misma. No pedirá mejor obsequio.

—Estupendo —sonrió Brigitte—. Y me saldrá barato. Por tanto, vamos a… —Cogió rápidamente la radio de bolsillo, admitiendo la llamada—. ¿Sí?

—Baby, ha llegado.

—¿Quién?

—Ese Marius Potter, o Virgil Vuzek, o como se llame. Está entrando ahora mismo en el «Arcadia Hotel»… Le he oído decir al conserje de puerta que tiene una *suite* a nombre de Marius Potter.

—Atienda bien, Simón: voy ahora mismo ahí. Cuando llegue, quiero saber en el acto qué *suite* es ésa. *Okay?*

—*Okay*, Baby.

Brigitte cerró la radio, la metió en su maletín, y se dirigió hacia la puerta del remolque. Simón se fue tras ella.

—Tengo el coche…

—Iré sola. Usted se quedará aquí, atendiendo la vigilancia de la quinta. Los dos compañeros que tenemos allá me ayudarán si es necesario. Usted será más útil aquí, Simón: no podemos marcharnos los dos a la vez.

—Maldita sea…

—*Ciao* —rió Brigitte—. Y consuélese pensando que quizá sea yo quien va a perder el tiempo ahora.

—Lo dudo —gruñó Simón—. Su cerebro, estoy seguro, es digno de ser conservado en alcohol, en un Museo de la Humanidad.

—¡Brrr…! —Se estremeció Baby, riendo. Y salió a toda prisa.

Capitulo VI

—*Suite* cuatrocientos diecisiete —dijo Simón.

—Gracias. Buen trabajo, Simón. ¿Dónde está Simón?

—El otro Simón —sonrió Simón— nos está mirando a distancia discreta. ¿Lo llamo?

—Sí. Pero cuando yo haya subido. Vengan detrás mío, y asegúrense de que nadie atenta contra la vida de Marius Potter.

—¿Y la de usted?

—De mi vida me cuidaré yo… Lo he hecho hasta ahora. Quiero a ese hombre con vida, Simón. No lo olvide. Voy a subir.

—De acuerdo.

Brigitte entró en el «Arcadia Hotel», sin impresionarse en lo más mínimo por el lujo del lugar. Es sabido que los hoteles de Miami Beach, sobre todo los que están en Collins Avenue, son de los más lujosos del mundo. Pero ella había estado en París, Roma, Hong-Kong, Río de Janeiro, Viena… No tenía por qué impresionarse.

Subió en ascensor hasta el cuarto piso, y una vez allí buscó la puerta señalada con el número 417. Llamó, tranquilamente, y esperó. Muy poco. Apenas diez segundos más tarde, la puerta se abrió, y un hombre en mangas de camisa y descalzo se quedó mirándola, asombrado.

—Oh… Perdone… Creí que era mi equipaje… ¿Puedo servirla en algo, señorita?

Brigitte sonrió de aquel modo tan absolutamente hipócrita que había aprendido en sus muchos años de espionaje. El hombre, en principio, no le gustó. Era calvo, tenía los ojos pequeños y vivaces y la boca demasiado gruesa. Muy moreno, alto, grueso… Quizá tendría unos cuarenta años.

—¿Señor Potter?

—Sí… Sí, en efecto, soy Marius Potter. ¿Qué se le ofrece?

Brigitte miró a ambos lados del pasillo, y volvió a sonreír, un

tanto maliciosamente.

—¿Puedo pasar? No me gusta que otras personas se enteren de mis asuntos.

Potter la miró de arriba abajo, con más detenimiento. Su admiración ante tanta belleza había sido patente, pero ahora pareció considerar la visita bajo otro punto de vista. Sin embargo, el aspecto de la jovencita lo tranquilizó: aquellos inmensos y bellísimos ojos azules, la boquita sonrosada, la dulce sonrisa ingenua, el aspecto frágil del cuerpo magníficamente proporcionado, la delicadeza absoluta de todo el conjunto…

—Bien… Pase.

Se apartó, y Brigitte entró en la *suite*. Potter cerró la puerta y sonrió cortésmente. —Perdone que la reciba así, pero estaba a punto de bañarme. Acabo de llegar de viaje.

—No se preocupe por eso, señor Potter. Un hombre en mangas de camisa no es ofensa para una dama. Sugiere… intimidad. ¿O no?

Marius Potter sonrió. Parecía agradablemente impresionado por la desenvoltura de la visitante.

—No creo que nosotros tengamos demasiada intimidad… ¿O quizá la conozco, señorita?

—No. Ni yo a usted. Sin embargo, eso no será obstáculo para que podamos entendernos. La comprensión, la comunicación entre seres de la misma especie es algo que ha sido sobradamente comprobado.

—Sí… Sí, desde luego. ¿Puede decirme…? Perdone: esta vez sí debe ser mi equipaje.

Fue a la puerta, en la que había sonado la llamada. Abrió, y, en efecto, esta vez era su equipaje. Dos maletas solamente. Dio una propina al botones, cerró y se volvió hacia la espía, con una maleta en cada mano.

—Perdone… Iré a llevar esto al dormitorio. Hay algunas cosas aquí que voy a necesitar… Entró en el dormitorio y dejó las dos maletas sobre la cama. Oyó el taconeo tras él y se volvió, sorprendido.

—Será mejor que no abra sus maletas, señor Potter —dijo la divina—. Es un buen consejo.

—No comprendo —musitó Potter.

—¿Las ha perdido de vista en algún momento?

—¿Cómo?

—Sus maletas. ¿Las ha tenido siempre cerca de usted?

—No… Bueno, he llegado en avión, de modo que han viajado en el compartimiento de equipajes… ¿Qué está tratando de decirme?

—Le sugiero la posibilidad de que haya una bomba o algo así en su equipaje, señor… Vuzek.

Marius Potter palideció. Instintivamente, se apartó de las maletas.

—¿Quién es usted? —susurró.

—En principio, una persona amiga. Tengo un poco de experiencia en revisar maletas… ¿Me permitiría hacerlo con las suyas? Será cuestión de un par de minutos solamente.

—Debe existir algún error…

—No creo. ¿Conoce a un hombre llamado Odón de Torres? ¿O a otro llamado Blas Morales?

Marius Potter volvió a palidecer, y esta vez, más intensamente. No contestó, pero su actitud hizo comprender a Brigitte que la idea de revisar su equipaje ya no era tan mala. Sonriendo, Brigitte fue hacia las maletas, colocó junto a ellas su maletín, lo abrió, y sacó el cepillo para el cabello. Apretó el mango, y el agudo estilete de acero apareció, brillando bajo la luz eléctrica. Sin dejar de sonreír, Baby introdujo el estilete por el intersticio de la tapa de la primera maleta, y fue recorriendo lentamente todo el contorno. Terminó con la primera maleta y pasó a efectuar la misma operación con la segunda. Luego, sacó un pequeño aparato metálico del maletín, lo colocó sobre la primera y estuvo mirando muy atentamente la esfera de cristal que había en el aparato, donde se veía una aguja. La aguja no se movió. Tampoco hubo cambio alguno al revisar la segunda maleta.

—Parece que no hay peligro, señor Vuzek.

—Mi nombre es…

—Virgil Vuzek. No se esfuerce demasiado conmigo. Es perder el tiempo. No obstante, si va a considerarse más tranquilo, lo llamaré Potter.

—Usted sabe mucho de mí… y yo no sé nada de usted.

—Puede llamarme Baby. Es mi nombre… de guerra.

Esta vez, Virgil Vuzek quedó completamente lívido, con el tono frío, cerúleo, casi violáceo de un cadáver. Brigitte entornó los ojos,

en un gesto aparentemente amable.

—¿Ha oído hablar de mí, quizá, señor Vuzek?

—No… ¡No!

—Yo diría que sí. Y le noto muy asustado. ¿Sabe? Su actitud no me gusta. Es la de quien teme algo. Y, señor Vuzek, quien ha oído hablar de mí no debería temerme… a menos que esté tramando algo malo. Usted sabe esto… ¿No es cierto?

—Ya… ya le he dicho que no.

La mirada del hombre fue hacia un sillón, donde estaba su chaqueta. Los azules ojos de la espía también fueron hacia allí, y, en ese mismo momento, Vuzek saltó hacia el sillón. Sus manos se tendieron hacia la chaqueta, la cogieron, tirándola a un lado… Y cuando su mano estaba a punto de asir la pistola, recibió ni más ni menos que un puntapié en plena barbilla, que lo tiró de espaldas junto a la cama. Cuando se incorporó a medias sobre los codos, Brigitte estaba sentada en un brazo del sillón, con la pistola de Vuzek en su manita derecha… y una inquietante expresión helada en sus bellos, enormes ojos azules.

—¿Pretendía matarme, señor Vuzek? —deslizó.

—No…

—Usted responde «no» a todo. Y eso no puede ser. Siempre hay algo a lo que una persona puede responder «sí». ¿No está de acuerdo conmigo?

—Sí…

—¿Lo ve? Pero aún hay más cosas. Creo que sería conveniente que charlásemos en términos amistosos, señor Vuzek. Yo espero que sea usted muy claro y explícito. De lo contrario, puede estar seguro de que lo iré haciendo pedacitos con mi estilete. No es una broma, ni una fanfarronada. ¿Oyó hablar de mí, de Baby?

—Sí.

—Ah… Tenía que ser así, claro. Ahora, dígame por qué se ha asustado tanto al oír mi nombre de guerra. ¿Está tramando algo… que usted sabe que no podría merecer mi aprobación jamás?

—Yo… no tengo nada que hablar con usted…

Brigitte se quedó mirándolo, torvamente, con claro disgusto. No insistió, al menos verbalmente. Fue hacia el maletín, sacó de nuevo el cepillo para el cabello, e hizo aparecer el estilete. Se acercó a Vuzek, y, cuando éste esperaba solamente una amenaza más o

menos peligrosa, ella, de pronto, con seco golpe, le hundió el estilete en un costado, de modo que no penetró hacia el interior del organismo, sino que, tras pasar entre dos costillas, salió por el otro lado, hacia la espalda. Virgil Vuzek lanzó un alarido, que se cortó bruscamente cuando su propia pistola golpeó de lleno en su boca, partiéndole los labios y un par de dientes, tirándolo nuevamente de espaldas. Gimiendo, semiaturdido, intentó incorporarse, pero Baby se había arrodillado ya junto a él, y la punta del estilete se clavó una décima de pulgada en su cuello.

Los azules ojos eran ahora dos manchas congeladas, brillantes, pavorosamente fijas.

—Señor Vuzek: quiero la verdad. Se lo ruego: no me obligue a llenar esta bonita *suite* con pedazos de su cuerpo. ¿Qué está usted tramando?

—Yo… —jadeó roncamente el checoslovaco—. Yo vendo… vendo armas…

—¿Armas de Checoslovaquia?

—Sí, sí…

—¿A quién las vende?

—Me… me estoy ahogando con la sangre de mis labios… Déjeme limpiarla…

—Desde luego. ¿Puede caminar solo?

—Creo que sí… Sí, sí…

Brigitte se apartó y vigiló muy estrechamente a Vuzek, mientras éste se ponía en pie, torpemente.

—¿Dónde tiene usted esas armas?

—Están… en un barco que navega hacia América ahora… No tardará más de un par de días en llegar…

—¿El nombre de ese barco?

—Se llama *Koscice*…

—Está usted cooperando, señor Vuzek, y eso es algo que le tendré muy en cuenta. ¿Para quién son esas armas? Oh, sí, vayamos al lavabo: un buen chorro de agua fría le sentará muy bien. Camine, vamos, Y no simule estar peor de lo que está —sonrió la divina—. Es un viejo truco que ya no engaña a nadie. Además, estaré en todo momento fuera de su alcance, por si acaso. ¡Vaya a meter la cabeza bajo el agua!

Virgil Vuzek asintió, con la cabeza, y caminó torpemente hacia

el cuarto de baño. A tres pasos, Brigitte lo siguió, llevando en la mano derecha el estilete, y en la izquierda la pistola del propio checo, que, desde luego, no encontró la menor oportunidad para pasar al contraataque.

—Utilice la ducha. A fin de cuentas, es lo que pensaba hacer, ¿no? Una buena ducha nos sienta bien a todos. Hágalo. Quiero que esté bien despejado para… ¡No! ¡Espere, Vuz…!

Vuzek volvió la cabeza, sobresaltado por la inesperada contraorden, pero, al mismo tiempo, su mano, ya por inercia, movía la llave del agua de la ducha, mientras Brigitte, ahogando sus últimas palabras en una exclamación de espanto, saltaba hacia atrás, fuera del cuarto de baño… Todavía estaba en el aire, efectuando el agilísimo salto hacia atrás, cuando el cuarto de baño pareció hincharse, llenarse de una violenta llamarada roja… El violentísimo desplazamiento del aire ayudó a la espía a alejarse de allí, pero girando sobre sí misma, como atrapada por un huracán, revuelta con trozos de pared y madera, de humo, de polvo… Chocó fuertemente contra los pies de la cama, y quedó tendida de bruces, sin ver nada, con la sensación de que todo su cuerpo había sido atrapado bajo un gran peso, estrujado, prensado… Se puso de rodillas, tosiendo y notando a cada acceso de tos cómo sus costillas parecían partirse en mil pedazos. Los oídos le silbaban de un modo atroz, y tenía la sensación de que sus mandíbulas se habían petrificado, que no podría moverlas jamás… Tosiendo agudamente, temiendo a cada instante que su torso iba a estallar, llenos los ojos de lágrimas, con los oídos sordos a todo lo que no fuese aquel agudísimo silbido… Por un instante, pensó que la explosión los había reventado, pero, de pronto, oyó la voz conocida como muy lejana:

—¡Baby! ¡¡Baby, conteste…!!

Quiso hacerlo, pero todo lo que pudo hacer fue toser con más fuerza, tambaleándose de un lado a otro. Notó en seguida unas manos en sus brazos, y se sintió arrastrada, más bien alzada en el aire, como si flotase… La visión se fue aclarando. Oía voces excitadas en torno suyo, y algunas personas desconocidas iban apareciendo en su campo visual…

—Simón…

—Estoy aquí… No se preocupe.

—Vámonos… Sáqueme de aquí ahora mismo… ¡De prisa! No sé ni dónde estoy…

—La sacaremos de aquí —oyó la voz tensa del espía—. No tema nada: tiene a dos de sus chicos con usted. Tranquila.

Le dolían los ojos, apenas veía nada. Los oídos continuaban zumbándole fuertemente, y no podía dejar de toser, ni se aliviaba, a cada espasmo, de aquel terrible dolor en todo el torso. Supo que bajaban escaleras, que la obligaban a correr… Siempre como si llegase de muy lejos, oyó silbatos, una sirena policial…

—Mi… mi maletín… ¡Mi maletín…!

—Lo tenemos nosotros. No hable. ¡Arranca ya!

El zumbido de un motor, sensación de vértigo, casi de náuseas… Luego, poco a poco, todo se fue calmando. Su primera sensación de retorno a la realidad fue la visión de unas palmeras, a través de un pequeño recuadro… Era la ventanilla de un coche. Eso era. El cielo azul, un poco morado por la proximidad de la noche, el aire fresco que entraba por la ventanilla… Notó un contacto, una fuerte presión, y cuando miró allí vio una mano grande, fuerte, velluda, que parecía crisparse. Desvió la mirada, y vio junto a ella a Simón, tenso el rostro, preocupada la expresión… Él se dio cuenta de que lo miraba, y se detuvo de pronto, como abochornado.

—Siga… Siga, Simón… No piense en tonterías…

—No pensaba en nada de eso…

Simón continuó con el masaje, en una perfecta técnica de reanimación… Poco a poco, Brigitte fue teniendo la sensación de que sus pulmones se ensanchaban, se hacían más grandes. Y sólo entonces se dio cuenta de que durante unos minutos había notado el corazón como estrujado, como si fuese a detenerse. Suspiró profundamente, y la mano de Simón se detuvo.

—¿Está bien ya?

—Sí… Gracias…

—Usted debe ser de hierro, muñequita. Según toda la lógica del mundo, ahora debería estar muerta, igual que Vuzek.

—¿Lo… lo vio usted, Simón?

—Digamos que vi lo que quedó de él. Poca cosa. Y a pedacitos muy pequeños.

—Había… había una conexión en los grifos de la bañera, con hilo transparente… Los vi… demasiado tarde, quise advertirle…

—Debió verlos antes. Virgil Vuzek es ahora solamente un montón de carne picada. Aunque no creo que a nadie le guste esa hamburguesa. Por el cielo: ¿cómo es posible que usted esté viva?

—Salté fuera del cuarto de baño… Pero no tan a tiempo como hubiera querido…

—¿Ah, no? Bueno, nena, usted tiene algo más que hacer en esta vida, además de dedicarse al espionaje: dar cada día gracias a Dios por sus reflejos de protección instintiva. No olvide hacerlo.

—No lo olvidaré.

—Es de bien nacidos ser agradecido. No creo que quiera volver a ese hotel, ya que no hay nada que hacer allí. ¿Adónde vamos ahora?

—Al remolque… Quiero cambiarme de ropa… ¿Ustedes están bien?

—Completamente bien. Todavía un poco asustados por lo que pudo ocurrirle a nuestra Baby. Pero los sustos se pasan. Creo que de todos modos será bueno que tomemos allá un poco de *whisky*… los tres. ¿Qué opina?

—Opino que nos lo hemos ganado. Luego, iremos a ver a esos candidatos a presidente de la mitad de un país… ¿No hay ninguna noticia nueva?

—Bueno… —sonrió Simón—. Hay una, muy agradable: está usted viva. ¿Qué más quiere?

—Me conformo con eso —rió Brigitte.

Y comenzó a toser de nuevo, fuertemente…

* * *

—En resumen —musitó la divina espía—: ustedes son candidatos… para morir, según parece. Lo somos todos… Todos los que estamos participando en este asunto.

De nuevo reunidos en el *living* de la quinta, Gilberto Martino y su esposa Rosaura, Rómulo Sánchez, Nicéforo Padilla y Faustino Sarrias, muy pálidos, miraban fijamente a la espía, aterrados bajo la impresión del relato de ésta.

—¿Qué podemos decir? —musitó Rómulo Sánchez—. Nosotros no tenemos culpa de nada de lo que está ocurriendo… Y ustedes, los americanos, no son los más indicados para censurarnos nada.

Brigitte lo miró fríamente.

—¿Está tratando de decirme algo, señor Sánchez?

—Bien… No quiero parecer brutal, pero… esto pasa en todos los países del mundo. Gilberto y yo queremos ser presidentes de las dos mitades de un país, y están atentando contra nuestras vidas… Es algo que ustedes presumían ya, ¿no es así?

—Desde luego. Y por eso les hemos brindado nuestra protección, eso está bien claro. De no haber sido así, si ustedes no hubieran estado bajo la protección de la CIA, ya estarían muertos.

—Entonces, hemos tenido más suerte que los Kennedy.

Brigitte se mordió los labios.

—Debería medir mejor sus palabras, señor Sánchez.

—¿Por qué motivo? A John F. Kennedy lo asesinaron delante de toda su escolta de protección. A Robert Kennedy le ocurrió lo mismo. ¿Por qué parece usted sorprenderse de que también a Gilberto y a mí quieran matarnos gente de nuestro país? ¿Qué espera de nosotros? ¿Por qué nos pregunta tantas cosas que ignoramos? Si lo que usted, o quizá la CIA, quieren es apartarse de este asunto, háganlo. Correremos nuestra suerte. Pero no nos pida que solucionemos problemas que la CIA no parece capacitada para resolver.

—No me gusta lo que usted está diciendo.

—Pues lo siento de veras, pero no se me ocurre otra cosa. Mire, señorita Baby: nosotros temíamos algo así, y usted está enterada de ello. Pedimos ayuda, una entrevista común, para solucionar el segurísimo conflicto de una guerra civil en Nueva Coralia. A cambio de su apoyo de seguridad, de ciertos convenios políticos y económicos, nos ofrecimos a aceptar ciertas… «sugerencias» políticas de Estados Unidos. Así están las cosas, y nosotros cumpliremos nuestra parte… Si llegamos a ser presidentes. Para ello, necesitamos estar vivos y bien asesorados por la… sabiduría política de Estados Unidos. Ambas cosas dependen de ustedes, de los norteamericanos. Nuestra vida, depende de la CIA, y nuestra futura trayectoria política de los consejos de su Departamento de Estado. Por nuestra parte, las cosas no pueden estar más claras. ¿Qué más podemos hacer? Le hemos dicho ya todo lo que sabemos sobre Odón de Torres, sobre Blas Morales, y de nuevo insistimos en que no sabemos nada del tal Virgil Vuzek…

—Él vendía armas. En gran cantidad.

—¿Y puede decirnos para qué queremos las armas precisamente nosotros, que estamos arriesgando nuestras vidas para evitar una guerra civil? —refunfuñó Martino.

—El nombre de ese barco, el *Koscice*…, ¿no les dice nada?

—¿Otra vez esa pregunta? ¡No!

Brigitte los miró con evidente desagrado.

—Ustedes no me gustan —aseguró—. Sin embargo, si todo lo que dicen es la verdad, les aseguro que Baby —sonó la llamada de su radio de bolsillo, pero ella continuó hablando—, les aseguro que Baby solucionará su problema. Eso es todo. Permítanme…

Quiso atender entonces la llamada a la radio de bolsillo, pero había dejado de sonar. O habían interrumpido la llamada, o alguno de sus compañeros de vigilancia en la quinta se había hecho cargo de ella. Decidió no intervenir en la conversación por radio.

—Ahora bien —continuó de pronto—, quiero que sepan que no me gusta el juego sucio. Lo acepto como parte de mi vida cuando la cuestión es directa, entre espía y espía. En esas condiciones, lo comprendo todo, porque mi juego no es siempre limpio. Pero entiendan bien esto: no me gustan las guerras, ni la gente que compra un barco lleno de armas, ni quienes están dispuestos a diezmar un país para conseguir sus propósitos políticos o económicos…

—Usted está agotando nuestra paciencia —dijo Sánchez.

—Conozco a una persona que asegura que la paciencia debe estar distribuida en sacos, señor Sánchez, de tal modo que cuando la paciencia de un saco se termine, hay que recurrir a la del siguiente saco, y luego a la del otro… Y conviene tener tantos sacos que nunca se nos termine la paciencia. Siempre tiene que quedar un saco de repuesto.

—No tengo intención de seguir discutiendo con usted… Por todos los demonios… ¿quién se ha creído que es, señorita? ¡Usted no es más que una espía, una guardaespaldas, una profesional que seguramente no sabe más que matar!

—¿Me está comparando con Blas Morales, señor Martino? —sonrió Brigitte, divertida.

—¡Algo así es usted!

—Quizá tenga razón. Blas Morales, que está vivo, fue quien

preparó la bomba contra Virgil Vuzek. Sabía que iba a llegar pronto, supo cuál era la *suite* que tenía reservada, e hizo un magnífico trabajo. Sí, señores: magnífico. Hasta para matar hay que ser un experto. Y toda persona que sea experta en algo, merece la consideración de los demás. No es fácil especializarse. ¿En qué son especialistas ustedes? ¿En pedir protección? ¿En dividir países? ¿En qué, señores? No se molesten en contestar: tengo algo mejor que hacer que escuchar sus respuestas descorteses.

Se acercó a uno de sus compañeros, que había aparecido en la puerta del *living*, con la radio de bolsillo en una mano y la metralleta en otra. Los indignados candidatos estuvieron mirando hoscamente a la pareja de espías, mientras el hombre daba explicaciones a la mujer, señalando la pequeña radio de bolsillo.

Por fin, Baby asintió con la cabeza, y se volvió hacia ellos.

—Tenemos ya nuestra penúltima pista. Los hombres que atacaron la quinta con un helicóptero han sido localizados al fin, en una granja hacia el norte de Miami. Los métodos de la CIA quizá no sean del gusto de ustedes, pero… funcionan. Les dejaré aquí solamente cuatro hombres, ya que necesitaré a los demás para atrapar a ese grupo de asesinos. No teman nada, ya que precisamente vamos a atacar a quienes podrían atacarles a ustedes… ¿Alguna duda?

—¿Qué harán… con esos hombres?

—Depende de ellos. Si se rinden, los apresaremos y les haremos muchas preguntas. Si prefieren pelea… —Brigitte sonrió secamente —. Si prefieren pelea, la tendrán, desde luego. Aunque espero que quede alguno vivo, para que responda a mis preguntas. Alguien tiene que hacerlo, ¿no les parece? Hasta luego: no quisiera perder mi penúltima pista.

Capitulo VII

Los cinco agentes de la CIA, al mando de Baby, llegaron en un solo coche, apretados, al lugar donde les estaba esperando uno de sus compañeros, orientados en todo momento sobre el camino a seguir por medio de indicaciones a través de las radios de bolsillo. El otro agente, según explicó el que los recibió, estaba cerca de la granja, vigilándola, asegurándose de que nadie escapase…

—Pero no parecen temer nada, Baby —terminó—. Es como si estuviesen esperando algo. El helicóptero lo tienen en un viejo granero. Según nos ha parecido, son cuatro hombres.

—¿Cuatro solamente? —se sorprendió Brigitte.

—No hemos contado más que ésos. Aunque es posible que haya alguno más.

—Ustedes mismos me dijeron que en el helicóptero cabían de ocho a diez hombres… Bueno, eso no significa, forzosamente, que hubiese tantos, claro… Bien: vamos allá. Llamen por la radio a nuestro compañero, para que se reúna con nosotros. Y mucho cuidado por dónde caminamos, pues este terreno parece un poco pantanoso… Me pregunto a quién se le ocurriría instalar una granja en este lugar.

Se reunieron con el otro agente, totalizando así un número de siete, más Brigitte. Con los cuatro que se habían quedado en la quinta de Miami Beach y el que estaba herido en una clínica, se completaba la docena que intervenía en el asunto.

—¿Alguna novedad? —se interesó Brigitte.

El espía movió negativamente la cabeza, señalando la casa. Era grande, chata, vieja, con algunas grietas en las paredes de madera podrida; tenía un gran porche medio derruido, sobre el cual caía la luz de una de las ventanas, única que se veía en toda la casa. Alrededor todo era oscuridad; encima, la luna creciente iluminaba la escena de un modo lívido, sombrío. Excepto el chirriar de

algunos insectos y el ulular de las aves nocturnas, no se oía el menor ruido.

—Siguen ahí dentro. Dejaron la lancha en un canal, como a un cuarto de milla de aquí. Nos costó un buen rato encontrar la granja, pues, naturalmente, el emisor de señales se quedó en la lancha.

—Ha sido un buen trabajo —musitó Baby—. ¿Dejaron nuestra lancha junto a la de ellos?

—Bastante cerca, pero bien escondida entre unos juncos. No creo que nadie pueda verla de noche.

—Perfecto, Simón. Usted mismo se encargará de cortar el camino hacia el canal donde están las lanchas. Esa va a ser su parte en el trabajo. Quiero dejar bien claro que me interesa atrapar vivo aunque sólo sea a uno de esos hombres, de modo que los cercaremos en un cepo completo. Tienen que darse cuenta de que no van a poder escapar, de ningún modo. ¿Entendido?

—Sí.

—*Okay*… Ahora, atiendan esto. Usted, como ya le he dicho, cortará el camino hacia el canal. Ustedes dos irán a la parte de atrás de la casa. Ustedes dos —iba señalando— se ocuparán de vigilar el granero, de modo que no puedan llegar al helicóptero. Usted ocupará el flanco derecho de la casa, pues debe haber allá alguna ventana… ¿O no?

—La hay.

—Pues cada uno conoce su lugar. Adelante.

—¿Y yo? —mascullό Simón.

—Usted y yo —sonrió Brigitte— haremos la parte más fácil: atacaremos por delante, dando la cara.

Hubo algunas sonrisas burlonas sobre aquello de «la parte más fácil»; pero, al mismo tiempo, un par de agentes iniciaron su protesta:

—No tiene por qué exponerse usted a…

—He dado unas órdenes, Simón —miró Brigitte al agente que había hablado—. ¿No las ha entendido bien?

Hubo alguna risita, y, sin más comentarios, los agentes de la CIA se separaron, cada uno en dirección a la posición que debería ocupar. Tres minutos más tarde, con todas las radios de bolsillo abiertas, se fue pasando la voz de que cada agente o pareja de agentes ocupaba la posición indicada por Baby.

—Buena suerte, muchachos —musitó Brigitte—. Y no olviden que pueden ser más de cuatro. Quizá diez, o doce. Es todo.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, y se pasó el asa de éste por la muñeca izquierda, dejándolo sujeto allí con el cierre especial para ocasiones como la presente. Con su pistolita de cachas de madreperla en la diestra, Baby señaló hacia la casa.

—¿Listo, Simón?

Simón alzó su automática Colt, con silenciador.

—Cuando usted quiera.

Se deslizaron hacia la casa, por entre pequeños matorrales. Cuando se detuvieron tras el último, estaban a menos de una docena de yardas de la casa.

Entonces, Brigitte apuntó a la ventana iluminada, y disparó. Hicieron mucho más ruido los cristales rotos que su disparo. Hubo un instante en que vieron los pedazos de cristal brillando a la luz, saltando hacia el interior de la casa. Pero, en seguida, la luz de ésta se apagó, y todo quedó a oscuras y en silencio.

—Envíeles nuestro aviso, Simón —musitó Brigitte.

El espía se colocó de rodillas, con la mirada fija en la oscuridad del porche, hacia la ventana. En seguida, su potente voz se extendió por todo el lugar:

—¡Atiendan! ¡Somos quince hombres de la CIA y tenemos completamente rodeada la casa, ocupada su lancha y vigilando el helicóptero! ¡Salgan todos con las manos…!

En la oscuridad del porche, allá donde estaba la ventana, brillaron un par de fogonazos, y, casi en seguida, una larga tira de color cárdeno seccionada en espacios brevísimos… Simón se dejó caer de bruces, mientras Brigitte disparaba rápidamente hacia donde estaba aquella metralleta enemiga. Vio cómo la larga tira de fogonazos apuntaba de pronto hacia lo alto, al mismo tiempo que oía un grito y parte del tejado del porche saltaba en miles de podridas astillas, que brillaron un instante a la luz de la luna. Simón también estaba disparando, ya de bruces en el suelo, y, al mismo tiempo, desde derecha e izquierda, los demás agentes de la CIA enviaron una peligrosa lluvia horizontal de plomo.

Después de esto, hubo un par de minutos de silencio, hasta que Simón musitó:

—Debimos traer gases.

—Yo tengo gases —dijo Brigitte—. Pero esa casa es demasiado grande. Tendría que acertar hombre por hombre con las ampollas, para que surtieran efecto. Bien: quizá valga la pena intentarlo.

Dejó la pistolita en el suelo, abrió su maletín, y sacó lo que parecía un trípode de tubo de aluminio para colocación de una cámara fotográfica. Rápidamente, desmontó el trípode, y comenzó a roscar uno a otro los tres tubos. Cuando estaba sacando del maletín el secador de cabello que era, además, culata y mecanismo de disparo de su fusil especial, detrás de la casa se oyeron varios disparos, y algunos gritos llegaron apagados hasta allí. En seguida, se oyeron, simultáneamente, los zumbidos de llamada en las radios de Simón y Brigitte. Fue Simón quien atendió la llamada, igual que debían estar haciendo sus demás compañeros.

—¿Qué ocurre?

—Querían salir por atrás. Tienen metralletas, pero los hemos rechazado. Están otra vez dentro de la casa. Son pocos. Creo que sólo quedan dos, pues hemos visto a tres, y a uno de ellos lo hemos matado o herido.

—Baby también ha acertado a otro, me parece. Debían ser solamente cuatro, según parece. ¿Estáis bien?

—Sí.

—Vale.

Brigitte, que había estado mirando a Simón, reanudó su rápida labor de acabar de montar el fusil, pero, en aquel instante, la luz volvió a verse en la ventana de la casa.

—¡Cuidado! —exclamó Simón.

Se abalanzó hacia ella, derribándola de bruces, pero nada sucedió. Sólo, a los pocos segundos, oyeron la voz de un hombre, en español:

—¡Nos rendimos! ¡Vamos a salir!

—¡Salgan por la ventana, con las manos en la cabeza y de espaldas al porche! —gritó Simón.

—Parece que son muy razonables —musitó Brigitte.

—Será mejor para ellos que lo sean de verdad. No les saldría bien ningún truco —ahora fue Simón quien llamó por la radio, y dio instrucciones cuando supo que todos atendían su llamada—: Muchachos, van a salir. Entrad a la casa después, pero con todas las precauciones, por si alguno se ha quedado dentro.

Brigitte se dedicó a guardar su fusil, tras desmontarlo a toda prisa, dirigiendo miradas hacia el porche, en cuya ventana aparecían ya dos hombres, vueltos de espaldas y con las manos en la cabeza. Salieron al porche, y Simón les ordenó que caminasen hasta salir de él, hacia la explanada. Los dos hombres obedecieron mansamente. Quedaron bien a la vista, con las manos sobre la cabeza, inmóviles. Poco después, los agentes de la CIA salían también de la casa, por la puerta. Uno de ellos llamó:

—¡Todo bien, Baby! Hay dos muertos aquí dentro. Es todo.

—Ocúpese de esos dos hombres, Simón. Nos los llevaremos.

—Muy bien.

Salieron de detrás de las matas, apuntando a los dos hombres con sus pistolas. Se acercaron a ellos, y Simón los cacheó rápidamente. No llevaban armas. Los demás agentes se reunieron con ellos, y Brigitte señaló hacia el granero.

—Dos de ustedes se ocuparán del helicóptero. Llévenlo a la zona deportiva de la quinta de nuestro residente en Miami. Luego, regresen a la casa de nuestros invitados. Nos veremos allí.

—Bien.

Poco después, tras sacar el helicóptero del granero haciéndolo desplazarse sobre sus patines, los dos agentes de la CIA subían a él y emprendían el vuelo. Brigitte los despidió con un gesto de la mano armada con la pistolita, y se volvió hacia los dos prisioneros.

—¿Dónde están los demás? —preguntó secamente, en español.

—Murieron.

—¿Todos? Ustedes eran doce o catorce, ¿no?

—No… No, no.

—Veamos… Los tres que atacaron el remolque, y los ocho o diez que iban en el helicóptero cuando atacaron la casa. ¿Correcto?

—No, señora… En el helicóptero sólo íbamos cuatro.

—¿Para quién trabajan?

Los dos hombres permanecieron silenciosos, y Brigitte empezó a sonreír, como divertida, ahora.

—Bueno, está bien que ustedes quieran ser fieles a quien les paga. Vendrán conmigo a un sitio, caballeros, y pueden tener la seguridad de que me dirán todo lo que quiero saber. Ustedes dos —señaló a dos espías—, vayan adonde están las lanchas. Cada uno de ustedes se llevará una, también a la zona deportiva de nuestro

residente. Los demás vendrán conmigo y con nuestros… amigos en el coche. No cabríamos todos en él.

Los dos agentes señalados se despidieron, sonriendo, mirando con sorna a los prisioneros. Simón señaló con el pulgar hacia donde habían dejado el coche.

—Adelante, tontitos —dijo en español—. Y si queréis un buen consejo, empezad ya a pensar en las respuestas que vais a darle a Baby. Os lo juro: es un buen consejo. ¡Andando! Caminad por delante, con las manos siempre en la cabeza. Y si queréis que juguemos a cazadores, sólo tenéis que echar a correr. Veremos si corréis más que las balas.

Los dos prisioneros, siempre con las manos en la cabeza, echaron a andar. Detrás, los tres agentes masculinos de la CIA, con las pistolas en la mano, y Brigitte, que había guardado la suya en el maletín, y parecía estar dando un gracioso paseo a la luz de la luna.

Muy pronto divisaron el brillo del coche, y Simón lo hizo notar a los dos prisioneros, para que fuesen hacia allí. Y, de pronto, cuando estaban todavía a unas ochenta yardas, algo brilló encima del coche, con otro tono. Con un tono rojo, anaranjado quizá… Todo lo que se oyó fue el alarido de uno de los prisioneros, que saltó hacia atrás grotescamente, de un modo violento, dando una vuelta en el aire antes de caer a los pies del grupo de espías.

Durante un brevísimo instante, el desconcierto cundió entre los demás. La primera en comprender la verdad fue Brigitte, que exclamó:

—¡Tiran con un rifle con silenciador! ¡Al suelo!

Ella y sus compañeros así lo hicieron inmediatamente, pero el prisionero decidió aprovechar aquella ocasión, y comenzó a correr, alejándose hacia un espeso grupo de palmeras.

—¡Vuelva! —gritó Brigitte—. ¡Tírese al suelo, estúpido! ¡Lo van a…!

Okay. Cierto. El rifle silencioso volvió a disparar, desde lo alto del coche de los agentes de la CIA Se vio otro largo fogonazo rojizo, y el fugitivo lanzó un chillido que se cortó bruscamente, mientras saltaba hacia delante, como un conejo cazado en plena carrera. Brigitte se puso en pie, de pronto.

—¡Blas! —llamó—. ¡Amigo Blas…!

—¿Está loca? —aulló Simón—. ¡Al suelo!

Se lanzó contra las piernas de Brigitte, derribándola. Pero, al mismo tiempo, donde estaba el coche, se oía la fuerte voz de un hombre:

—¿Qué quiere usted, Baby?

—¡Lo ha estropeado todo! —gritó Brigitte, desasiéndose de Simón y volviendo a ponerse en pie.

—¡Ese es su punto de vista, no el mío! ¡Ya le dije que yo lo sé todo, y que usted no debe ya meterse más en este asunto!

—¡Le voy a dar un consejo, Blas! ¡No intente ni siquiera acercarse a los candidatos…! ¡No quisiera tener que matarlo!

—¡Tampoco yo quisiera matarla a usted! ¡Adiós, Baby!

Simón volvió a derribar a Brigitte, sudando de angustia.

—Por el amor de Dios… ¿Se ha vuelto loca? ¡Ese hombre…!

—No disparará contra mí, Simón.

—Pues quizá sea cierto —casi tartamudeó otro espía—, porque si hubiera querido matarla, nunca mejor que ahora. ¡Por Dios! ¡Jamás vi a nadie que disparase de ese modo, en plena noche…!

—Vean si los prisioneros han muerto —musitó Brigitte.

Más allá, se oyó de pronto el motor de un coche, y Simón se puso en pie de un salto.

—¡Será mejor que vayamos detrás de ese hombre! ¡Podemos alcanzarlo fácilmente con nuestro coche!

—No se moleste, Simón. Es inútil. Veamos si los dos prisioneros están muertos. Quizá todavía puedan hablar, decirnos algo…

—Ocúpese usted de eso… ¡Yo voy a seguir a ese Blas!

Echó a correr hacia donde estaba el coche, mientras Brigitte, calmosamente, encogiendo los hombros, se dedicó a examinar a los dos prisioneros, acompañada por los otros dos espías.

—Muertos y bien muertos —susurró uno de ellos—. El primero tiene un balazo en pleno corazón, y el otro en la nuca… ¡No es posible que nadie pueda disparar así, y de noche!

—Hay más de una persona que puede disparar así, Simón —sonrió Baby—: es sólo cuestión de entrenamiento y buenos nervios. Vamos con nuestro compañero. Estará un poco decepcionado.

Simón no estaba decepcionado, sino furioso, atizando puntapiés a la rueda delantera izquierda del coche, completamente deshinchada.

—¡Maldito Blas de los demonios…!

—No se lo tome así —sonrió Brigitte—. ¿No habría hecho usted lo mismo, Simón?

—¡Claro!

—Pues tranquilícese. Supongo que llevamos rueda de repuesto. Y supongo también que serán unos amables caballeros que no permitirán que sea una delicada dama quien realice tan agotador trabajo.

Simón estaba furiosísimo, pero los otros dos, sonriendo, se dedicaron a ello inmediatamente. Pasase lo que pasase, asombrosamente, Baby siempre conseguía hacerlos sonreír. ¿Cómo podía lograrlo…?

Entre los tres hombres, fue cosa de escasos cinco minutos cambiar la rueda. Para entonces, evidentemente, el muy eficaz Blas Morales debía estar ya muy lejos de allí, pero, de todos modos, tenían que regresar a Miami Beach.

Y estaban ya cruzando por Bakers Haulover Cut, que une la pequeña península por el Norte con el continente cuando sonó la llamada en las radios de los cuatro. Brigitte fue la primera en responder a ella, y respingó cuando, apenas abierto el canal de recepción, el grito de uno de sus compañeros resonó en todo el coche.

—¡Baby! —aulló el espía.

—Sí, soy yo… No soy sorda, Sim…

—¡Ha ocurrido algo horrible en la quinta!

Brigitte se quedó un instante sin aliento.

—¿Han… matado a los candidatos? —musitó.

—¡No! ¡Han sido ellos quienes han matado a sus secretarios! ¡Nicéforo Padilla y Faustino Sarrias están muertos! ¡Ha habido una pelea a tiros en el piso alto, en los dormitorios!

—Pero… No comprendo… ¿Por qué todo esto, Simón?

—Los candidatos y la esposa de uno de ellos están asustadísimos. Dicen que subieron todos arriba, por indicación de los secretarios, y que éstos quisieron matarlos a los tres… No saben por qué, no tienen la menor idea. ¡Ni nosotros tampoco! Los candidatos estaban armados, igual que los secretarios, pues tenían mucho miedo… Están como hipnotizados ahora… Nadie sabe qué hacer en la casa, Baby. Los candidatos sólo saben decir que entraron todos en un dormitorio, porque los secretarios querían decirles algo,

a solas, sin la presencia de nuestros compañeros que están aquí como sirvientes. Entraron todos en un dormitorio, y entonces, Sarrias y Padilla quisieron matarlos a los tres…

—Cálmese. Y que se calmen todos, Simón. Voy para ahí.

—De acuerdo.

Brigitte cerró la radio y se quedó todavía atónita unos segundos. No menos atónita que sus compañeros, desde luego.

—No lo comprendo… ¡Ya no comprendo nada!

—Pues imagínese nosotros —gruñó Simón.

—Esto es… absurdo. ¡Todo es absurdo! Aunque… No… Quizá no sea tan absurdo… ¿O sí?

Quedó sumida en sombríos pensamientos, mientras el coche rodaba acercándose a la quinta, ahora por el precioso Bal Harbour Boulevard, de doble calzada, flanqueado por palmeras y adornado con preciosos y tupidos parterres; a la izquierda, algo lejos, el mar, en el cual se veían algunas lucecitas rojas… Estaban a punto de dejar atrás Hal Harbour cuando la radio volvió a emitir su llamada, y Brigitte la atendió en el acto.

—¿Sí?

—Baby, hemos llevado el helicóptero adonde nos ordenó. Había allí noticias para usted cuando llegamos: el coche «Ford» matrícula «Fia 28765» había sido visto hacía un par de minutos, por fin, en el norte de Miami, entrando en la ciudad…

—¡Ese es Blas Morales! —exclamó Brigitte—. ¡Lo han visto al volver de la granja…! ¿Dónde está ahora ese coche?

—Rodando por Dixie Highway, según el informe del último coche patrulla. Nuestro residente jefe está recibiendo continuas noticias sobre su itinerario… Un momento: hay novedades —Brigitte tuvo que esperar unos segundos antes de volver a oír a Simón—. Baby, el coche ha enfilado ahora la North West 119th… Parece que va hacia Hialeah.

—Hacia Hialeah… Simón, escúcheme bien: quiero saber en todo momento dónde está ese coche, y dónde se detiene, y en qué casa entra el hombre que lo conduce. Pero sólo esto. Nadie actuará por su cuenta, ni hará absolutamente nada salvo mantener esa vigilancia. ¿Está claro?

—Muy claro… Un momento… —Unos segundos más de silencio—. Baby, me dice nuestro residente jefe que él está en contacto

directo con coches patrullas de tráfico y de la Policía. También hay algunos agentes del FBI, colaborando. Pero que nadie hará nada: le deja todo el asunto a usted.

—Magnífico… No cierre la radio, Simón, y continúe informándome de la ruta de ese coche.

—Bien.

Brigitte tocó en un hombro al Simón que conducía su coche.

—Hacia Hialeah, Simón.

* * *

El patrullero señaló la casita que se veía, blanca y nueva, confortable, junto al canal de Red Road, o sea, la Cuarta Avenida de Hialeah. Se veía el trampolín de una piscina, por entre las tupidas matas de flores y algunas palmeras airosas, que se mecían blandamente a la brisa templada de la noche.

—Esa es la casa —susurró el hombre—. El coche está en el garaje; su conductor entró en la casa.

—¿Un hombre alto, atlético…?

—Muy alto, muy atlético.

—Bien… Es todo. Puede volver a su trabajo normal. Y muchas gracias, amigo.

—En vez de darme las gracias… ¿por qué no me da su número de teléfono? Mañana tengo el día libre.

—Yo no —rió Brigitte—. Tendrá que conformarse con las gracias.

El patrullero se tocó la gorra y se alejó, sonriendo. Brigitte se quedó mirando la casa, y, de pronto, sonrió secamente.

—Iré sola, Simón —dijo—. Esta es mi última pista, y… no quiero perderla. Si Blas Morales lo sabe todo, tendrá que decírmelo.

Capitulo VIII

—Pues yo sigo diciendo —insistió Blas Morales— que cometemos un error al no dejar participar en esto a esa chica, Odón. No es que tenga miedo o que considere imposible eliminar a ese par de canallas, pero todo sería más fácil si nos sincerásemos con Baby. Ya le he dicho muchas veces que ella no es una espía normal. No está precisamente de parte de la CIA, sino de quien tenga la razón. Es cosa que todos los espías sabemos… en todo el mundo.

Odón de Torres movió negativamente la cabeza. Era un hombre recio, fuerte, de hombros anchos. Tenía una cabellera muy abundante, parecida a una melena de león, si bien de un tono completamente gris. Su cabeza era grande, y sus orejas, y su boca, y sus negrísimos ojos un tanto fatigados. Debía tener casi sesenta años, y su aspecto era tan impresionante como el de Blas Morales, sólo que más agradable. Era uno de esos hombres que inspiran confianza apenas verlo, dotado de una gran personalidad, que aumentaba por el hecho de que todo su casi gigantesco cuerpo parecía adherido a la silla de ruedas en la que se sentaba.

—No, Blas… Son asuntos internos, de nuestra patria. Nadie tiene que intervenir en ello. Tú y yo nos conocemos muy bien, desde hace muchos años, y sabes cómo pienso. Las cosas de mi patria, son cosas de mi patria.

—Sé de buena tinta que ella ha ayudado a personas como nosotros, Odón.

—No lo dudo. Mira… Yo te agradezco que hayas… resucitado por mí. Cuando te dije que estaba delicado de salud, y que iba a retirarme, dijiste que no servirías a nadie más, y quisiste empezar de nuevo. Te ayudé a que todos creyesen que habías muerto, y nos separamos. Hace poco, te mandé llamar, y acudiste en seguida. Yo comprendo lo que eso significa para ti: has resucitado a Blas Morales. Y te lo agradezco profundamente… Pero también yo he

resucitado, porque mi patria me necesita. No sé cuánto tiempo duraré en el cargo de presidente otra vez, pero, mientras viva, nadie molestará a mi patria.

—Usted sabe que yo siempre estaré a su lado.

—Lo sé, lo sé… Yo haré por ti lo que quieras. Te daré lo que me pidas… —sonrió—, aunque sé que nada vas a pedirme. Pero, por favor, si algo me pides, que no sea autorizar a nadie a intervenir. Los dos haremos las cosas solos, a nuestra manera, como siempre. Bien entendido que quien quiera ver nuestra patria dividida o en guerra tendrá que matarnos antes. Hemos hablado de esto varias veces, ¿no es así?

—De acuerdo —suspiró Blas Morales—. Empezaré a ocuparme ahora mismo del asesinato de Sánchez y Martino.

—No deberías hablar así.

Blas Morales se puso en pie, sonriendo.

—Es una fea costumbre, ¿verdad? Pero no me acostumbro a llamar «ejecuciones» a mis asesinatos.

—Eres… muy grande, Blas… —musitó Odón de Torres—. Pocas personas se dejarían llamar asesino con tal de dedicar su vida exclusivamente en beneficio de su patria.

—Soy un poco tonto —sonrió de nuevo Morales—. Y usted no lo es menos. Podría vivir todavía quince o veinte años, tranquilamente. Y va a reducir ese tiempo a la mitad, o quizá mucho menos, en beneficio de su patria. No es el más indicado para criticarme…

Se volvió velozmente hacia la puerta del *living*, desde la cual se veía la de la casa. Había sonado el timbre.

—Cálmate —dijo De Torres—. Ese es Eladio, que salió a comprar algo de comer.

—Iré a abrir.

Salió del *living*, y desde allí, Odón de Torres lo vio abrir la puerta. En seguida, captó la tensión brusca de Morales, y sacó una pistola de debajo de su asiento, precipitadamente, al tiempo que oía la suave voz, dulce, cálida, en perfecto español:

—¿Qué tal, amigo Blas? ¿Puedo pasar?

Durante unos segundos, Blas permaneció inmóvil. Luego, se apartó, y al volverse, Odón de Torres vio la seca sonrisa en los labios de su hombre de confianza. Luego, vio a la hermosísima

mujer que entró en la casa, y que, en el acto, miró hacia él. Morales cerró la puerta, y la mujer entró en el *living*, tranquilamente. No llevaba armas a la vista. Sólo un simpático maletín rojo con florecillas azules. Pero de un azul millones de veces menos hermoso que el de sus grandes ojos brillantes, suavemente rasgados. Aquella mujer se plantó ante Odón, ignorando la pistola que éste tenía en la mano.

—¿Cómo está, señor De Torres?

—No muy bien, gracias. Supongo que usted es Baby.

—Así es. ¿Puede concederme unos minutos de su conversación?

—Suponga que le digo que no.

—Me marcharía. No tengo mucho tiempo para perder.

Odón de Torres estuvo todavía unos segundos más mirándola fijamente. Por fin, guardó la pistola, y señaló un sillón.

—La escucharé.

—Gracias. Como no quiero que exista engaño, debo decirle, en primer lugar, que esta casa está rodeada por agentes de la CIA. Sin embargo, espero que no tengan que intervenir… en nada y para nada. De usted depende.

—Entiendo. Pero si piensa husmear en las cosas de mi país…

—¿Sabe usted, señor De Torres, que Nicéforo Padilla y Faustino Sarrias, los secretarios de los candidatos a la presidencia de su país, han sido muertos hace poco? Precisamente, por los candidatos.

Blas Morales había lanzado una exclamación, y Odón de Torres parecía atónito.

—No comprendo… ¿Qué ha ocurrido? —musitó al fin.

Brigitte lo explicó, con pocas y muy claras palabras. Blas y Odón cambiaron una mirada de desconcierto.

—¿Esto soluciona alguna duda de ustedes? —Miró a Blas—. ¿O insiste todavía en que usted lo sabe todo, Blas?

—Bueno… No esperaba esto, desde luego.

—Francamente, a mí también me desconcertó. Pero he tenido tiempo de ir pensando… Ante todo: ¿qué intenciones son las suyas, señor De Torres?

—Dos: impedir la guerra civil en mi patria, e impedir también esa atrocidad que significaría dividirla en dos países distintos.

—En ese caso, usted y yo vamos a entendernos bien. Por el amigo Blas, sé que usted no quiere que nadie meta las narices en las

cosas de su país, pero, como ve, esto ya ha sucedido. Ahora, señor de Torres, hay que aclarar un punto: si usted insiste en hacerlo todo solo, me voy inmediatamente. ¿Qué decide?

—Acepte, Odón —murmuró Blas—. Saldremos ganando, se lo garantizo.

—¿Cuál es su oferta? —Gruñó De Torres.

—Ayudarles. No precisamente de un modo personal a ustedes, sino a Nueva Coralia. No guerras, no división del territorio nacional. Con o sin su colaboración, señor De Torres, esto es lo que Baby hará, sin que nadie pueda impedirlo.

—¿Qué quiere saber?

—¿Trabajaban para usted tres hombres llamados Artemio, José y Vicente?

—No.

—¿Tampoco los que atacaron la quinta donde están los candidatos, utilizando un helicóptero?

—No.

Brigitte miró a Blas.

—Así parece, ya que Blas los ha ido eliminando a todos… ¿Por qué, Blas?

—Esos hombres habían sido contratados aquí, en Miami, hace tres semanas, por Nicéforo Padilla y Faustino Sarrias.

—¿De veras? Sin embargo, yo les oí hablar, y dijeron bien claramente que estaban trabajando para Odón de Torres.

—Mentían —aseguró secamente De Torres.

—Sí… Ya he pensado en eso. Y tengo una solución satisfactoria, señor De Torres. Así veo yo las cosas: al mismo tiempo, es atacada la quinta donde están los candidatos y me capturan a mí. Pero las granadas que arrojan sobre la quinta no hacen daño a nadie, y, estoy segura de ello, yo tenía que poder escapar de la lancha. Por eso, se quedó un hombre solo a vigilarme… con una pistola que estaba encallada. Esto era para que yo, si bien escaparía, no pudiese matar a Vicente, que se quedó vigilándome y, al parecer, dispuesto a pasar un rato agradable conmigo antes de dejarme escapar. Y cuando yo hubiese escapado, diría a todos que los que habían atacado la quinta con un helicóptero, y los que me habían capturado a mí, eran hombres contratados por Odón de Torres… ¿Comprenden la jugada?

—Desde luego.

—Magnífico. Ahora, veamos lo que pasó en la quinta. No se esforzaron mucho los hombres del helicóptero, en querer hacer daño a nadie… Eso es evidente, puesto que lanzaron dos pequeñas granadas de mano en una terraza, y se marcharon. ¿Por qué? Pues, señores, porque en la quinta había alguien que no debía morir. Por el contrario, debía aparecer como víctima en todo momento. Y, al mismo tiempo, usted sería quien parecería responsable de todo ello. Se entiende, ¿verdad?

—Se entiende muy bien.

—Hasta aquí, todo aclarado. Ahora Blas, yo le pregunto: ¿por qué mató a Virgil Vuzek? ¿O no fue usted quien colocó la…?

—Fui yo. Y lo maté porque él, igual que los hombres del helicóptero, y los que maté en el embarcadero, habían estado en tratos, también hace tres semanas, con Nicéforo Padilla y Faustino Sarrias.

—Ah… Esos dos secretarios ya fallecidos parece que salen por todas partes. ¿Sabía usted que Virgil Vuzek era un… contrabandista de armas en gran escala, Blas?

—Sí. También sé que Sarrias y Padilla le hicieron una buena compra. Un barco llamado *Koscice* llegará pronto a la costa de Nueva Coralia, cargado de armas. Pero eso… —sonrió duramente Morales— es cosa que no debe preocuparnos: será hundido antes de que nadie pueda hacerse cargo de esas armas. Yo me ocupé de eso.

—¡Espléndido, Blas! —exclamó Baby—. Me ahorra usted un trabajo parecido al que ya hice hace tiempo, muy lejos de aquí[2]. Olvidemos, pues, el barco con las armas. Se irá al fondo del mar. Ahora, prosigamos con lo otro. Es evidente que Sarrias y Padilla compraron armas, y organizaron las cosas de modo que todo el mundo acusase a Odón de Torres de atentar contra las vidas de los candidatos… Atentado que, finalmente, se llevaría a cabo en serio. Entonces, esos dos secretarios iban a encontrarse con armas abundantes, muertos los candidatos y culpado Odón de Torres de esa… masacre política. Así, pues, eliminados todos ustedes, ellos volvían a Nueva Coralia y, con las armas, conseguían sus ambiciones políticas, ya fuesen las de gobernar en conjunto o repartirse el país. ¿Lógico?

—Lo parece.

—¿Lo parece? Más detalles, señor Torres: cuando mis compañeros y yo salimos en busca de los hombres del helicóptero, los secretarios se enteraron de eso. Si atrapábamos vivos a uno solo de esos hombres, nos diría que habían sido contratados por ellos, lo del barco quizá, etcétera… O sea, que en cuanto mis compañeros y yo salimos en busca de los hombres del helicóptero, se consideraron perdidos ese par de espabilados secretarios. ¿Reacción de ellos? Lógica: deciden eliminar personalmente a Rómulo Sánchez y a Gilberto Martino, escapar como puedan a Nueva Coralia, recoger las armas y seguir adelante con sus propósitos. Pero, sobre todo, escapar, ya que sabían que si yo conseguía un solo prisionero, le haría hablar. Blas estropeó un poco esto.

—No —sonrió Blas—. Porque yo ya sabía que habían sido los dos secretarios quienes habían contratado a aquellos hombres, y podría decírselo a usted en cuanto Odón me autorizara. Pero yo creía que… obedecían órdenes de Rómulo Sánchez y Gilberto Martino. Por eso, a los que yo quería matar era a éstos, a los jefes, considerando que eran ellos los que lo dirigían todo, queriendo acusar a Odón de intentar asesinarlos, para quitarlo de en medio ahora que presentará otra vez su candidatura para presidente.

—Ah… —sonrió Brigitte—. Entonces, ¿es cierto, señor De Torres? ¿También usted es candidato?

—Sí.

—Bien… Yo creo que, puesto que esto está aclarado, tendrán la nobleza de venir conmigo, conversar con sus rivales y estrecharse las manos. Y… que gane el mejor. ¿No están de acuerdo?

—No demasiado —gruñó De Torres—. Pero iremos. No se podrá decir de Odón de Torres que sea rencoroso o intransigente. En lo único que no transigiré, será en dividir el país en dos.

—Tal como están las cosas —sonrió Blas—, eso no debe preocupamos, Odón. Cuando usted presente de modo oficial su candidatura, ni un solo novocoralino recordará ya que quería dos países en vez de uno. Se unirán bajo su mando.

—¿Está seguro? —susurró Brigitte.

—¿Por qué cree que Odón vuelve a la lucha? Sabe que es la única persona que puede mantener unida nuestra patria.

—Bien…—Brigitte entornó los ojos—. De todos modos, siguen existiendo tres candidatos. Uno, para todo el país. Dos, para la

mitad cada uno. Como he dicho antes: que gane el mejor. ¿Vamos a ver a sus rivales, señor De Torres?

* * *

Brigitte apareció en el *living* de la quinta cuando Rosaura y Gilberto Martino, Rómulo Sánchez, Blas Morales y Odón de Torres todavía conversaban animadamente, aclarando todos los errores que habían estado sufriendo por ambas partes. El ambiente era cordial, muy grato.

—Bien, señores —sonrió la espía—: ¿se han entendido bien?

—Desde luego —sonrió De Torres—. Y debo admitir que usted ha tenido casi todo el mérito, señorita.

—Es usted demasiado amable, por favor… Bien, creo que yo debo despedirme de todos. Mis compañeros también se han marchado. Ya no son necesarios aquí, ¿no les parece?

Hubo algunas risas.

—De todos modos, aún no estaré muy tranquilo —bromeó Rómulo Sánchez.

—Oh, vamos, vamos… La CIA se retira del caso, señor Sánchez —repitió Brigitte—. Mañana vendrán criados nuevos si no tienen suficientes con sus acompañantes, y, desde luego, espero que las conversaciones con nuestro consejero político se encaminen satisfactoriamente. Que gane el mejor, de veras. Ustedes quieren dos mitades, y el señor De Torres una sola Nueva Coralia. Eso ya es cosa que a la CIA no le interesa… demasiado.

Todos volvieron a reír. Parecían encantados de la vida. ¿Y, cómo no, interviniendo la espía más completa, audaz, astuta, inteligente y… embustera de todos los tiempos?

—Nosotros nos vamos ya —dijo Odón de Torres—. Mañana mismo regresaremos Blas, Eladio y yo a Nueva Coralia.

—Nosotros nos quedaremos. Tenemos mucho que hablar aquí con el consejero norteamericano.

La expresión de Odón de Torres se nubló.

—No deberían hacerlo, Martino… Luchen por todo el país, pero no lo dividan.

—De Torres: nosotros le apreciamos, nos consideramos amigos de usted ahora que todo se ha aclarado, pero… podemos tener ideas

políticas diferentes, ¿no le parece?

—No. Pero es inútil discutir. Adiós… Adiós a todos. Y de nuevo gracias a usted, señorita.

—Hice mi trabajo. Los acompañaré, señor De Torres. El jardín es demasiado grande, y ahora que mis muchachos no vigilan ya… ¿quién sabe?, podría ocurrir algo. Con Blas y conmigo, está usted seguro.

Hubo algunas sonrisas más, y los tres salieron del *living*, y luego de la casa.

Brigitte regresó tres o cuatro minutos después, sonriendo.

—¿Aceptarían una copa de champaña como despedida? —ofreció—. Reconozco que no he sido muy amable con ustedes, y quisiera… congraciarme en lo posible. ¿Aceptan?

—Desde luego —sonrió Gilberto Martino.

Brigitte pasó detrás del mostrador curvado que había en el rincón del *living*, y sacó una botella de «Perignon 55». Colocó una guinda en una copa, y luego sirvió el champaña en aquella copa y en tres más.

De pronto, su sonrisa pareció congelarse, mientras alzaba su copa de champaña con guinda.

—En cierta ocasión, maté a un asesino traidor por medio de una copa de champaña con guinda —deslizó fríamente—. Fue emocionante[3]. Espero que esta vez llegaremos a un acuerdo.

—¿Qué dice? —musitó Sánchez—. ¿De qué está hablando?

—Estoy hablando, caballeros, de la verdad. Me pregunto cómo es posible que Blas Morales haya creído toda la historia. Eso cabe en una persona noble como Odón de Torres, pero no en Blas, que es… como yo, tal como ustedes dijeron. Él no ha podido creer la historia.

—¿Qué historia?

—La que se ha estado contando aquí sobre lo malos que han sido los desdichados secretarios de ustedes. Oh, vamos, por favor… Esos dos pobres muchachos jamás habrían ideado semejante plan… ¿No les parece?

—Explíquese mejor, Baby.

—¿Mejor aún? ¡Pero si es tan obvio…! En general, toda la historia es cierta. En general. Pero el final varía. Sobre todo, al llegar a las muertes de sus secretarios. Los pobres muchachos seguían órdenes de ustedes… ¿O no?

—Siga —masculló Martino.

—Con mucho gusto —Brigitte bebió un sorbito de champaña—. Ellos hicieron todo lo que se ha dicho, siguiendo órdenes de ustedes. Y ustedes, cuando supieron que yo iba a detener a los hombres del helicóptero, comprendieron que estaban perdidos si no hacían algo… ¿Y qué se les ocurrió? Pues ni más ni menos que matar a sus secretarios, y decir que habían sido ellos quienes habían querido matarlos a ustedes. Una cosa que yo tendría que creer, ya que, si hacía prisioneros, éstos me dirían que habían sido los secretarios quienes les habían contratado y habían dirigido todo el plan, recalcando muy bien que nadie de la quinta debía morir en aquel ataque simulado con dos estúpidas bombas de mano. Por tanto, yo creería que, en efecto, sus secretarios lo habían tramado todo, incluso la compra de un barco lleno de armas para dominar el país en un momento dado, ya muertos ustedes… También, claro, se encargarían en serio de Odón de Torres. Pero hay preguntas que deben tener respuesta, señores. He aquí dos de esas preguntas: ¿de dónde podían tener tanto dinero sus secretarios como para comprar un barco lleno de armas? Ellos no lo tenían…, pero ustedes sí. Segunda pregunta: ¿tan inteligentes eran esos pobres muchachos? Respuesta: no; pero ustedes, sí. ¿Qué les parece?

—Que también usted es inteligente —sonrió Sánchez, sacando su pistola.

—En efecto, lo soy. Pero, además, soy espía. Desconfiada como una gata con cachorros.

—Su desconfianza no le va a servir de nada ahora. Salga de ahí.

—Con gusto. Oh, por cierto, no sé cómo acabarán sus planes, pero, si las cosas se les pusieran mal en el país que piensan dividir, no cuenten con las armas: ya saben que el barco será hundido pronto.

—Lo impediremos.

—No creo. Blas se encargará de ello. Y Blas no falla nunca.

—Pero usted, sí… ¿Por qué no él?

—¡Mátala de una vez! —chilló Rosaura Martino—. ¡La odio con toda mi alma!

Brigitte había salido ya de detrás del curvado mostrador del bar, sonriente, con la copa de champaña en una mano.

—Lo que tengas que hacer, Judas, hazlo pronto —dijo.

—También Martino había sacado su pistola, y apuntó con ella a la divina espía internacional.

—Compréndalo —dijo irónicamente—. Mi esposa la odia, y yo voy a complacerla, matándola. Ya no esperemos más, Rómulo…

Por detrás de ellos sonó un apagado chasquido, y el cuerpo de Gilberto Martino saltaba hacia delante, rebotaba en el sofá, junto a su mujer, y caía al suelo.

Rómulo Sánchez se volvió rápidamente, gritando sobresaltado… y recibió un balazo en plena frente, que lo tiró de espaldas de un modo fulminante. La última imagen que percibieron sus retinas fue la gigantesca figura de Blas Morales, en pie en el umbral de la puerta-ventana del *living*.

Y eso fue todo.

Chillando como una loca, Rosaura Martino se abalanzó hacia la pistola que había escapado de la mano de su marido, la recogió, y se revolvió hacia donde estaba Blas Morales arma en mano, pero tan sorprendido, desconcertado, como paralizado, que Rosaura le habría matado si Brigitte, que había sacado su pistolita de debajo de la falda, tirando con fuerza del esparadrapo, no hubiese disparado una fracción de segundo antes…

Y después, un súbito silencio. Blas Morales se pasó la lengua por los labios, fijos sus ojos en Rosaura Martino, que yacía muerta casi encima de su marido. Por fin, miró a Brigitte, y musitó:

—Gracias…

—No quería intervenir, porque esto era cosa entre novocoralinos, pero le habría matado, Blas. Al parecer —sonrió—, a usted todavía le falta dureza para ser un auténtico asesino.

—Era una mujer…

—Sí, claro…—Odón de Torres apareció en el *living*, haciendo girar las ruedas de su silla con sus fuertes manos, y se quedó mirando el trágico cuadro—. Como ve, señor De Torres, procuro no intervenir demasiado en asuntos ajenos. Pude matarlos yo a los tres, pero sabía que usted preferiría que lo hiciese Blas.

—Se lo agradezco… —murmuró roncamente De Torres—. Se lo agradecemos mucho, de todo corazón. Usted, realmente, ha salvado mi patria, señorita… Cualquier cosa que necesite alguna vez de Nueva Coralia…

—Lo sé. Bien… ¿Celebramos con una copa de champaña la…

retirada de los candidatos… a la muerte? ¿Con guinda o sin guinda, caballeros?

Este es el final

—¡La esperaba hace una semana! —Casi gritó Pitzer—. ¡Por todos los demonios, no es posible que usted haga siempre lo que le da la gana…!

—¿Qué tiene de malo hacer lo que le da la gana a uno, tío Charlie? Y no me grite, que no soy sorda. Por el contrario, tengo un oído hipersensible.

—¡Hace una semana que…!

—Cálmese, querido, cálmese… ¿Qué ocurre? ¿Tengo que ir a otra parte del mundo? Pues iré… Tranquilícese, hombre. ¿Quiere beber algo?

—Yo… Ejem… Oh, bueno, sí… Gracias.

—Así está mejor… ¿Peggy?

—Sí, señorita. Ya sé lo que le gusta al señor Pitzer.

—Lo mismo que a mí —rió la espía, acariciando a «Cicero», que gemía loco de alegría por la vuelta de su ama—. ¿No es un encanto de perrito, tío Charlie? Supongo que me dejará usted descansar un par de días antes de enviarme a… ¿Adónde?

—A Siberia.

—¡Brrr…! Supongo que es una broma, claro.

—¡Me gustaría enviarla allá!

—Pero qué hombre éste, Señor… ¿Tiene algo contra mí? ¿No he hecho mi trabajo en Miami, ayudando a los que lo merecían, como siempre?

—¡No! ¡Usted no ha ayudado a… a…! ¡No!

—Supongo que se refiere usted a que Odón de Torres será un presidente de Nueva Coralia difícil de manejar por Estados Unidos, ¿no es eso? —sonrió Baby—. Pues, en tal caso, sólo hay que ser… amable con Nueva Coralia, y todo irá bien. ¿*Okay,* tío Charlie?

—¡Qué *okay* ni qué…! ¡Por todos los…! ¿Se puede saber dónde ha estado usted toda una semana?

—Se lo diré: estuve con Simón, mi compañero herido. Le hice compañía, le conté chistes, historias de espionaje, le compré flores y bombones… Y cuando ya estuvo lo bastante bien para prescindir de mis mimos, los invité a los doce a una pequeña fiesta con champaña del mejor y muchas guindas… ¿Algo que oponer?

—¡Siempre malgastando dinero…!

—Ah, no, querido… No esta vez: la fiesta la pagué con los mil dólares que le gané a usted. ¿Acaso cree que soy tonta…?

FIN

Notas

[1] Véase la novela titulada, precisamente, *Nadie gana las guerras*, publicada en esta misma colección. <<

[2] Creemos que el autor se refiere aquí a la aventura de Baby titulada *Viento de Malasia*. <<

[3] Véase *Champaña con guinda*, de esta misma colección. < <